La Ilustración Artística

AÑO IX — BARCELONA 1 DE SETIEMBRE DE 1890 — NÚM. 453



VENTA DE UN ESCLAVO, cuadro de Veraschagin

SUMARIO

LA MUJER ESCRITORA

Confieso humildemente mi pecado. Hasta ahora había compartido con el vulgo la idea de ser cosa harto ridícula y enojosa que la mujer, por el cultivo de las letras, deje de mano los quehaceres domésticos; por la impropia tarea de emborronar cuartillas y corregir pruebas, consienta rotos y descosidos en el traje del padre ó marido y el polvo se enseñoree de los desatendidos muebles.

Como todos los que se han parado á reflexionar seriamente sobre el particular, soy de los conversos. He aquí las razones que me han asistido en mi conversión.

Antes soboreaba con gusto los escritos de Santa Teresa, no tanto por el interés que despiertan aquellos engendros de su vesánico cerebro, dignos de observación y estudio, como por la encantadora naturalidad, ó mejor, espontaneidad del estilo, particularmente en las cartas, y el dominio asombroso que en todos los escritos ostenta de la lengua castellana.

Las Memorias de Mme. Roland eran, y siguen siendo para mí, lectura preferida entre todas en los momentos de inapetencia intelectual y decaimientos del espíritu, porque en todas sus páginas se transparenta con vigor aquel temple no igualado de ánimo, aquella superior y bien nutrida inteligencia, aquella honradez acrisolada, que hacen de Mme. Roland un ejemplo digno de imitación para los hombres aquejados de femeniles desfallecimientos en situaciones menos graves que las memorables y sangrientas escenas de la Revolución francesa.

Notaba cuidadoso los pensamientos profundos de Mme. Stael, y sin ser devoto de Georges Sand, admiraba su originalidad, como la de todas las mujeres extraordinarias que han inmortalizado su nombre en los anales del pensamiento humano.

Mas al propio tiempo tenía en aversión profunda á todas las poetisas y escritoras de nuestros tiempos. Esta aparente contradicción, si no se justifica plenamente, se explica de una manera satisfactoria.

Aquellas estrellas de primera magnitud, cuyo nombre ha llegado hasta nosotros con la sanción de los tiempos, eran excepciones consentidas en gracia á su genio nada común; se imponían en fuerza del poder que siempre ejerce un carácter independiente y victorioso en la protesta franca contra la sociedad y el medio en que vive; se presentaban á la consideración con todos los atractivos fascinadores y todas las tentaciones irresistibles de lo extraordinario. En una seduce la exaltación mística desbordada en páginas imperecederas, sólo por obediencia á los superiores; en otra encanta la voracidad intelectual, revelada en el hecho de leer en misa las *Vidas paralelas*, de Plutarco, y las particularidades todas de aquella existencia, escritas en dura cárcel para encontrar en el recuerdo de los serenos días alivio y confortación para las aflicciones presentes;... en todas resplandece el sello característico de los autores clásicos: el hecho de escribir por escribir, obedeciendo á mandato exterior ó á propio irresistible impulso, no como ocupación ordinaria ó por el afán de lucro y notoriedad.

Las discípulas distaban mucho de igualar á las maestras. Revestidas por lo común de erudición pedantesca, modestia de convención, aires de genio desconocido, convencimiento de la propia superioridad, no comprobada ciertamente por el mérito real; de inteligencia escasa, ordinariamente feas y con lentes, aparecían á los ojos de las personas sensatas como desahuciadas del mundo por carecer de las cualidades que constituyen el encanto de la mujer, buscando en la originalidad, siempre extravagancia cuando no es natural, un medio para distinguirse y un consuelo y desahogo para el tesoro de sentimiento que la pícara sociedad había tenido el mal gusto de no comprender.

Felizmente, las escritoras de hoy son muy otras que sus predecesoras de los tiempos románticos. A mérito real, reunen modestia positiva, se abren paso valientemente al amparo de un pseudónimo, seguro de las delicadezas de la mujer contra los inconsiderados ataques de la crítica ó las brutalidades de la lucha; han sustituído á la afectación y el sentimentalismo de entonces, la naturalidad y la verdad emocional; á los escapes de la fantasía y á los desbordes de la imaginación, la observación justa y el estudio profundo; se han convencido por fin que para emular á los hombres superiores en lo intelectual, no basta sentir con delicadeza, es necesario *además* pensar hondo y saber sólidamente.

Ejemplo elocuentísimo, nuestras excelentes escritoras Doña Emilia Pardo Bazán y Doña Concepción Arenal, con sus profundos estudios críticos henchidos de bien digerida erudición la primera, y sus obras científicas la segunda. Ahí está, despojada de aparato científico, pero dando gallardas pruebas de buen sentido y superior inteligencia en todas sus obras, Cordelia, escritora italiana ya popular entre nosotros, ciertamente con justicia. Es imposible leer sin emoción *Prime bataglie* (primera que conocí de la autora de *Dopo le Nozze*, y que devoré de punta á cabo). No se trata allí de hechos extraordinarios, ni de aventuras imposibles, ni de héroes imaginarios; es el relato sencillo de las luchas sostenidas por infortunada niña, que en edad harto temprana ve morir á su madre, providencia del hogar, á la cual ha de sustituir en la dirección de la casa y en la educación de sus hermanitos, en medio de las mayores escaseces y angustias: sus castos amores, los desgraciados que ponen á su hermana al borde de la tumba: la victoria definitiva. ¡Cómo se presta la lengua italiana para expresar en estilo simple, espontáneo, la rica variedad de matices que el sentimiento reviste en esta obrita! ¡Qué delicadeza en las descripciones, cuánta verdad en los más nimios detalles, cómo sorprende la profundidad y exactitud de las observaciones, cuán vivamente emociona el conjunto! No se concibe que ningún hombre alcance tanta perfección, que pueda pintar, ni siquiera de un modo vago, la intimidad de emociones que sólo una mujer puede expresar porque sólo una mujer puede sentir.

Ya que se habla de novelistas, por manera inevitable asalta la memoria el nombre de G. Eliot, la primera de las contemporáneas. Impuesta en la filosofía evolucionista de su ilustre amigo H. Spéncer, se da á conocer del público por su esmerada traducción al inglés de la *Vida de Jesús*, de Straus; perteneciente á esa clase media rural modesta, honrada, laboriosa, cuyo modo de ser retrata al natural y por manera tan admirable, sus novelas no son mero pasatiempo, intrigas más ó menos hábilmente urdidas, relación extremada de amores desaforados, sino la traducción viva de principios morales intachables, la refutación victoriosa de ese funestísimo principio de la fatalidad, inspirador de casi todas las novelas, y la demostración de que cada uno es hijo de sus actos, no por insignificantes, á veces menos decisivos en el devenir de nuestra existencia.

De tales consideraciones vengo á deducir que es ridícula la escritora mala, pero digna de todo encomio la que tenga talento y conocimientos bastantes para entrar en liza. Negar sistemáticamente que la mujer pueda escribir, es negar que la mujer pueda hablar, comunicar sus ideas y sentimientos, puesto que en último análisis, escribir es expresar las ideas propias por medio de la escritura, como hablar consiste en expresarlas por medio de la voz articulada. A decir verdad, el *medio* escritura en nada choca ni por ningún concepto contradice la debilidad ó delicadeza del sexo.

¿De qué proviene, pues, la prevención abrigada contra la mujer escritora? Proviene de que en nuestro afán de generalización, imaginamos al punto que todas las mujeres no han de pensar sino en escribir. Esto sería indudablemente una calamidad, como lo sería no menor que todos los hombres abandonaran la labor fecunda de los campos, el trabajo útil de las industrias, la febril actividad del comercio y las profesiones liberales, no menos necesarias, para abandonarse á las contemplaciones científicas y á las disquisiciones filosóficas y á toda suerte de cultivos del espíritu para transmitir á la posteridad el fruto de sus especulaciones. Las necesidades apremiantes de la vida, las particulares aficiones de cada uno, nacidas siempre de la singularidad de aptitudes é idoneidades, producen por modo espontáneo esa rica variedad de actividades y ocupaciones que sabiamente eslabonadas dan de sí la armónica totalidad de la vida social.

De la propia suerte que entre los hombres los escritores constituyen el menor número, y aun éste reducido por selección á contadas individualidades de positivo mérito, es de pensar que serán pocas las mujeres que á las letras se consagren, y entre éstas, bien contadas las que puedan resistir la competencia implacable de sus colegas masculinos.

¿Cómo se operará esta selección? Descartemos desde luego ese número, por desgracia prodigioso, de mujeres que sin librarse de los sufrimientos propios del sexo comparten con el hombre los más duros trabajos y las más rudas faenas, porque de ninguna de ellas ha de salir la mujer escritora. Eliminemos el número no menos considerable de mujeres verdaderas esclavas del hogar, atentas tan sólo á economizar lo ganado por el marido, y en cuya vida la palabra vagar carece en absoluto de sentido; porque entre éstas no prosperará tampoco la mujer escritora. Nos quedan aquellas privilegiadas de la fortuna que nada hacen por sí, limitándose á lo sumo á dirigir y mandar, y emplean sus horas de ocio, que son casi todas, en el tocador, visitas, teatros, bailes, paseo, etcétera. Si éstas tienen además el privilegio de sentir su mayor delectación en el cultivo de sus facultades intelectuales, ¿no es preferible que consagren su tiempo á transmitir á los demás sus finas observaciones, sus sentimientos delicados, á que le gasten en chismes más ó menos aristocráticos, devaneos y tonterías? ¿Qué incompatibilidad habría con el cumplimiento de quehaceres domésticos que no las ocupan? ¿En dónde está la desnaturalización del sexo? ¿En dónde el trueque de papeles con el hombre?

Queda un remanente (perdónese la palabra). Hay esas mujeres de complexión delicada por naturaleza ó por haber recibido educación esmerada y superior cultura, que han de ocurrir por sí á la satisfacción de sus necesidades. Supuesta la aptitud y la capacidad de una mujer para las letras, ¿qué diferencia hay en que pase el día detrás de un mostrador si es tendera, en la oficina de telégrafos, ante sus dicípulas reunidas ó visitándolas á domicilio si es profesora, confeccionando ropas ajenas si es modista, ó sentada á la mesa del trabajo, sin necesidad de salir del hogar, inmortalizando quizá su nombre, proporcionándose buenos provechos si por ventura vive en un país en que la literatura dé con qué vivir? De condenarse el cultivo de las letras como incompatible con los quehaceres domésticos, caen bajo el mismo anatema todos los medios honrados con que cuenta la mujer para subvenir á sus necesidades... Demás de que el escribir no absorbe tan por completo todas las horas del día que no consienta otras atenciones y el cumplimiento de otros deberes.

¿Se cree que es este un recurso imaginario? Hace algún tiempo publicó Doña Casta Esteban y Navarro, viuda del inolvidable Gustavo Bécquer, una colección de cuentos titulada *Mi primer ensayo*.

En la dedicatoria de este libro dice su autora: «Pobre y enfermo estaba mi ser, porque enferma y dolorida tenía mi alma, cansada de luchar contra mi destino, cuando se me ocurrió escribir estas mal trazadas líneas, como último recurso para defenderme de la miseria y del hambre, que en esta tierra, patria de Cervantes y Calderón de la Barca, es la única herencia que por desgracia alcanzamos las viudas de los poetas...»

Ante este hecho ceden todo linaje de consideraciones fundadas en lo ridículo que puede ser para una mujer el ser escritora. No se trata ya de dar empleo á los ocios elegantes, se trata de dar amparo y satisfacción al desvalimiento honrado, á la miseria digna que no se esconde, que no se vende á la corrupción, que no se abandona á la indigencia, que lucha con las armas que tiene á mano y protesta con energía contra la situación difícil en que tienen sumida á la mujer las preocupaciones sociales y miramientos absurdos.

La sociedad que consiente á la obrera de la fábrica, expuesta á todas las corrupciones; á la labradora de atezado rostro, sujeta á todas las intemperies y durezas; á la mísera meretriz, víctima de todas las enfermedades, se escandaliza en presencia de la escritora al abrigo de todas las asperezas de la vida, explotando lo que más enaltece á la especie, la inteligencia. Mientras no se dé con la fórmula á beneficio de la cual pueda constituirse cada mujer en señora del hogar al amparo de las contingencias de la vida, no le quedarán sino dos caminos: el trabajo honrado, jamás ridículo, cualquiera que sea la forma bajo que se ofrezca, ó la prostitución, siempre abyecta, por brillantes que sean los oropeles con que se presente revestida.

JOSÉ ZULUETA

EL BLANCO Y EL NEGRO

CUENTO

Dios hizo el mundo de la nada; la cosa es grave, pero debemos estar conformes, así como que le hizo por su palabra y para su gloria. Eso aseguran las antiguas Escrituras; y aunque *la palabra* en Dios no sea cualidad muy conforme con los atributos de un ser extraterrenal y espiritual en su esencia, y por lo tanto desconocido en su forma; y aunque *la gloria* de haber hecho una obra tan imperfecta y tan perecedera (interpretando la voz *mundo* por la de *tierra*, como hacen todos los teólogos) no es muy brillante que digamos, ello es, si no hemos de pasar por rebeldes, y pese á todos los razonamientos de astrónomos, libre-pensadores y filósofos, que Dios hizo el mundo *de la nada, por su palabra* y *para su gloria*.

Establecido este hecho, pasemos al segundo. Dios hizo al hombre á su *imagen* y *semejanza:* verdad tan inconcusa y tan lógica como la primera. Contra ella, sin embargo, se han declarado algunos ingenios *minuciosos*, deduciendo que si los ángeles son unos *espíritus puros que no tienen cuerpo*, y Dios es el mayor ángel de la creación, con mucha más razón ha de dejar de tenerle. Y preguntan: Si Dios efectivamente no *tiene cuerpo*, ¿cómo hizo al hombre á su imagen y semejanza? ¿Fué á imagen y semejanza sólo del espíritu? Otros, más minuciosos todavía, se preguntan: El hombre, que Dios creó al principio del mundo, ¿fué el ser que hoy conocemos por tal en el planeta que habitamos? Si en los demás planetas hay seres vivientes, ¿no los habrá *pensantes*? Y si los hay, ¿no podrá en alguno de ellos existir el hombre con diferencias grandes del rey de la creación, *terráqueo*? Y en ese caso, ¿cuál es el que hizo Dios á su imagen y semejanza?

Dejemos á tales disquisidores de la verdad vivir en perfecta ignorancia y en eterna duda, y atengámonos sólo á nuestra tradición bíblica, á nuestra verdad revelada. Según la historia, la filosofía, la ciencia y la tradición, Dios ha hablado de distinto modo á cada pueblo del globo que habitamos. El indio no cree una palabra de lo que ha dicho al chino; el mahometano considera como fábula lo que ha dicho al cristiano; el judío mira al mahometano y al cristiano como corruptores sacrílegos de la ley Santa que su Dios había dado á sus padres; el cristiano, orgulloso con la revelación moderna, condena igualmente al indio, al chino, al mahometano y hasta al judío, de quien recibió sus libros Santos. ¿Quién tiene razón? Claro que nosotros, como dice cada uno de ellos cuando se le pregunta.

Teniéndola, pues, *nosotros* y habiendo hecho Dios al hombre á su imagen y semejanza, nos asalta necesariamente y como consecuencia forzosa de esa premisa otra pregunta.

¿A qué clase de hombres perteneció el primero? Porque así como los animales que pueblan la tierra ofrecen una infinita variedad de colores, dependientes en gran parte de la influencia del clima que habitan, así el hombre presenta ciertas modificaciones en el color de su piel en las diferentes latitudes del globo. Bajo los rayos abrasadores del sol en las regiones tropicales, el color del hombre es perfectamente negro; pero á medida que vamos caminando desde el Ecuador hacia las zonas templadas, va gradualmente aclarando hasta que llega á la delicada blancura que distingue á los habitantes de la parte central de Europa. Pasando del extremo del calor al del frío, y extendiendo nuestro examen hasta el círculo polar, hallamos que el cuerpo humano toma un color pardusco ó aplomado, como se observa en los lapones, los esquimales y los habitantes de la Groelandia.

Podemos, pues, establecer la siguiente clasificación de colores en la piel humana:

1.° El blanco.
2.° El verdoso ó aceitunado.
3.° El rojo ó color de cobre.
4.° El pardo ó mulato.
5.° El negro perfecto.

Ahora bien: ¿cuál de estos fué el color primitivo del hombre, ó qué hombre fué el primero?

La opinión general de los que han examinado este asunto con más atención, es que no fué el blanco, como queremos creerlo, sino uno de los intermedios; y si tenemos en cuenta que Adán fué creado en el Asia, convendremos sin dificultad en la probable exactitud de esta conjetura.

Ahora hay otra duda. ¿Ese color depende de la organización de causas internas, de motivos primordiales y propios, ó de causas externas, accidentales y subjetivas? Una prueba de esta última hipótesis tenemos en los *judíos*, que indudablemente proceden de un mismo tronco ó familia; y sin embargo, el judío portugués es moreno, el judío inglés blanco, el americano mulato, el de la Arabia color de cobre y el que habita en Africa negro.



Monumento elevado en Troyes á la memoria de los soldados del departamento del Aube muertos en la guerra de 1870 á 1871. Grupo de M. Boucher (de una fotografía)

A creer en todos los pintores, Adán fué blanco. Verdad es que hay pocos pintores que no lo sean; y de seguro si apareciera un Velázquez negro, estoy por apostar que en sus cuadros sería Adán más negro que la tinta, por aquello de *no fué león el pintor*.

No es esta cuestión tan baladí como lo parecerá á nuestros lectores á primera vista; pues tratándose de nuestro primer padre, ó como si dijéramos, de nuestro primer pariente, hecho á *imagen y semejanza de Dios*, cada cual de nosotros tendrá sumo gusto en poder hacer ilustre su abolengo y no verse precisado por la verdad incontrovertible de la historia á renegar de su más antiguo ascendiente.

Hallábame yo haciendo todas estas desocupadas reflexiones en una larga velada del pasado invierno, cuando tendiendo mis ojos sobre la mesa, vi asomar en agradable desorden entre los infinitos libros que siempre la llenan *Las ruinas de Palmira*, de Volney; *El ensayo sobre el Catolicismo, el liberalismo y el socialismo*, del marqués de Valdegamas; la *Parerga y paralipomena*, de Schopenhauer; la *Psicología celular*, de Hæckel; el *Criterio*, de Balmes, y los *Viajes curiosos de un filántropo*. Por no sé qué movimiento inconsciente de mi mano, cogí este último, y en un capítulo que hojeé á la ventura y que tenía por epígrafe (no se fíen ustedes mucho de mi memoria, por si no encuentran ni el capítulo ni la obra) *Un recuerdo de* 1830, leí lo siguiente:

«Cansado estaba de viajar por la vieja Europa. ¡Qué costumbres tan incoloras, qué escenas tan comunes!, y sobre todo ¡qué perversidad tan refinada, qué egoísmo individual y colectivo tan repugnante! Bien hayan los pueblos vírgenes, los países nuevos, las naciones recién nacidas! Y dicho y hecho: me embarqué en el Havre, y pronto divisé las orillas americanas; no las de la vieja América, sino las de los Estados Unidos.

»¡Salve!, dije yo entusiasmado y poniéndome de pie sobre la cubierta del buque. ¡Salve, tierra bendita donde el filantrópico Penn estableció sus paternales leyes! ¡Salve, patria de los Francklin! ¡Aquí se llenará el vacío de mi corazón, que sólo late por la libertad, por la igualdad y por la fraternidad de los pueblos!

»A pocos días de mi desembarco, unos me aconsejaban que estableciese mi residencia en Boston, otros en Filadelfia, pero yo preferí vivir en una pequeña aldea situada á las orillas del río Delaware. ¿Y por qué? Lo diré en pocas palabras: había leído en los primeros años de mi juventud, con religioso respeto, la novela *La familia de Wieland*, y los sucesos que se suponían acontecidos en las márgenes de aquel río,



UNA CALLE DE LUCERNA, cuadro al óleo de D. José M.ª Marqués

halagaban mis ideas de calma dichosa y de tranquila felicidad.

»Concluídas ya, á los dos meses de residencia, mis principales ocupaciones domésticas, traté de pagar las visitas que los obsequiosos vecinos me habían hecho, y una tarde, con la escopeta al hombro y seguido de un perro de caza, me encaminé hacia la vivienda de Mr. William, que vivía á media legua de la aldea. No lejos del camino había un espeso zarzal, y mi perro comenzó á ladrar alrededor de él con ahinco; un instante después me pareció oir unos quejidos que yo atribuí á ilusión de mi fantasía; mas insistió tanto el perro, que yo cuidadoso me acerco... aparto las matas... y ¡horror! – Han pasado algunos años, y no puedo recordar la aventura sin que se me erice el cabello... – En la gruesa rama de un alto cedro estaba colgada una gran jaula de hierro, y dentro una infeliz criatura, completamente desnuda, que más parecía esqueleto que sér viviente, exhalando roncos gemidos; me acerco más, y noto que le habían sacado los ojos y que innumerables insectos la picaban y devoraban á su sabor.

–»¡Qué espanto!, exclamé... ¿Quién te ha puesto así? ¿Quién eres?

–»¡Por Dios!... ¡Agua!... Hace seis dias... ¡Agua!...

»Díle mi sombrero lleno, bebió con la mayor ansia, pidióme más, y mientras yo la recogía del vecino arroyo, noté que se acercaba á mí un viejo trabajador, que se sonreía mirándome de hito en hito.

–»Muy afanado está V. hoy, amiguito, me dijo.

–»¿No oye V. esos lamentos?

–»Sí, me contestó con una frialdad estoica; eso es natural.

–»¿Cómo natural?, repliqué yo, dando un salto de cólera.

–»Es un castigo que con frecuencia da á sus negros Mr. William.

–»¿Y tratan así estos hombres blancos á sus esclavos negros?, grité, y sin esperar respuesta, no digo corrí, sino volé á la casa de mi despiadado vecino, colocada en el centro de un hermoso y dilatado cafetal.

–»¿Dónde está el amo?, grité al primero que vi; dile que con la mayor premura necesito hablarle.

»Salió Mr. William, en efecto, fumando con cachaza, y después de los preámbulos de estilo, le manifesté con dulzura lo que había visto, y le supliqué librase á su esclavo de aquel terrible castigo.

–»¿A un negro mío? Le juro á V. por mi honor que nada sé.

–»¿Cómo? ¿Conque á cuatro pasos de aquí está ese infeliz enjaulado dando dolorosos quejidos y V. nada sabe?

–»Esas son cosas peculiares á mi mayordomo, un inglés inteligentísimo.

–»Pues yo desearía...

–»Espere V. – Juan, infórmate de lo que ha pasado.

–»Señor, entró á poco diciendo el criado, el negro á quien se ha dado el castigo de la jaula es Pedro, muy conocido por su terquedad.

–»Sí, ya caigo, vete; á ese negro se le ha tratado aquí como á un blanco; pero es un holgazán, que sólo piensa en sus hijos, y no quiere trabajar más que seis ú ocho horas diarias; habrá hecho sin duda suficiente motivo para que mi mayordomo le castigue así.

–»Tiene V. razón, le contesté disimulando mi ira; con todo le suplico me entregue á ese esclavo por si puedo curarle, y si lo consigo se le compraré á V.

–»Llévese V. enhorabuena á ese tuno y que le haga excelente provecho tan hermosa adquisición.

»Retrocedí á la aldea, traje á dos de mis criados y con el mayor cuidado llevamos al infeliz hasta dejarle acostado en buena cama. Mas todos nuestros afanes fueron inútiles. El hambre había debilitado de tal modo sus órganos, que ni el alimento gradual que le dimos pudo salvarle. Por última merced me pidió tocar *con sus manos* á sus hijos, ya que le habían sacado los ojos y que la madre de aquellos niños no existía. Acercáronse aquellos *ángeles negros* á la cama de su padre y no es posible describir tan desgarradora escena.

–»Blanco, me dijo momentos antes de expirar, usted ha tratado de volverme á la vida, pero todo es inútil. Sólo siento lo que será de estos pedazos de mi corazón cuando yo muera.

–»Muere en paz y sin zozobra, desdichado, le respondí. Tus hijos serán mis hijos; yo no distingo el color: ¡para mí todos los hombres son hijos de un mismo Dios! ¡todos son mis hermanos!»

Aquí acababa la aventura del viajero. Ahora bien, queridos lectores míos, una pregunta, y á ver si podemos entendernos:

Mr. William, blanco, era un hombre; el negro, otro. ¿A qué hombre de estos dos había *hecho Dios á su imagen y semejanza*?

LUIS M. DE LARRA

¡Ó TODO Ó NADA!

(CICLORAMA MUNICIPAL)

Estamos en pleno período electoral.

Empiezo así para tranquilidad de los empleados públicos, siquiera este reposo sea tan efímero, como el lapso de tiempo que les garantiza en sus puestos.

El hecho es que nos hallamos en momentos críticos para la paz de la familia: que nos encontramos en cabal y completa perturbación de la tranquilidad doméstica.

Y por si les ocurre á Vds. dudarlo, lean y juzguen por sí mismos.

***

– Desengáñate, Bonifacio, tú nunca serás nada.

– ¡Pero mujer!...

– Nada, hombre, nada, te lo repito. Te has decidido á no vivir más que tras del mostrador; y así se hunda el mundo no hay quien te saque de la tarea de medir y pesar!...

– ¿Y te parece poco? Pues ¿á qué debemos este modesto, pero seguro pasar en que vivimos? ¿A qué tarea, si no es á la de pesar y medir, tenemos que agradecer *el que* cada domingo lleve yo á la Caja de Ahorros veinte, treinta ó cincuenta duros?

– ¿Ves?... ¿Te convences ahora de que no sirves más que para contentarte con miserias?...

– Pero mujer, ¿quieres que me dedique á robar?... es decir, ¿á robar... sin precauciones? Porque tú eres testigo de que, por tus consejos, he aprendido y practico lo mejor posible todos los medios de adquirir sin pizca de conciencia. Vendemos ya el azúcar en polvo, mezclado con harina; el vinagre con ácido sulfúrico; el aguardiente con acetato de plomo; los chorizos embutidos de carne de caballo; el petróleo con aguarrás; el vino con *fuchina*...

– ¡Sigue, sigue, mentecato! Todo eso y mucho más no sirve para otra cosa que para vivir estrecha y pobremente. Es necesario que pienses alto, más alto que hasta aquí...

– Pero mujer, ¿más alto que en la guardilla en que vivimos?...

– Precisamente: para vivir en *principal* y darnos tono con la portera y los vecinos, y no tolerar que te llame *de tú* ese escribiente del juzgado municipal, que tiene cuatro mil reales de sueldo y trae los dedos llenos de brillantes: por supuesto, que con tantos brillantes y todo, las cuentas de su casa andan como Dios... no quiere...

– ¡Mujer!...

– Nada, lo dicho dicho; es indispensable que te decidas á salir de pobrete. ¿Qué demonios has ganado, después de tantos años como vienes pagando tu suscripción para los emigrados, que de seguro andarán regodeándose con tus dineros por allí donde anden? Te lo repito, es preciso que seas hombre de una vez. Conque manos á la obra!

– Corriente: haré una vez más lo que quieras. ¿Pero qué debo hacer?

– ¿Qué?... Meterte en eso de las elecciones... trabajar para que te *voten* del Ayuntamiento: mira, tú tienes mucho adelantado para contar con *votos:* revisa todas las cuentas: llama á los *parroquianos* que no pagan, y al que no te *vote*, al juzgado!... Así, así, y si sales de la *urnia*, ríete del *ispetor*, y del *tiniente* alcalde, y de todos esos microbios que te sacan los cuartos por dejarte cerrar más tarde y vender con falta de peso. Mírate en el espejo de Martín, tu paisano, que bailaba en la plaza del pueblo con zapatos de cornisa y pañuelo de hierbas á la cabeza, y desde que le hicieron... no sé qué de consumos, se convirtió en personaje, se llenó de dinero, y ahora tiene sus casitas y sus ínfulas de mandón.

. . . .

Y el *honrado* medidor con fraude y pesador con



El monumento de Hondschoote. Obra del escultor Darocq (de una fotografía)



APUNTE DE EUGENIO DELACROIX

dolo, acaba por ceder á las tenaces intimaciones de su mujer, y se decide á presentar su candidatura.

¡Ay de nosotros si llega á sentarse en los escaños de la Casa de la Villa!

***

Variemos de cristal.

Por aquí se ven las cosas más en adelanto.

La escena pasa en el cuarto bajo de una casa de vecindad, alquilado para servir de punto de reunión á los muñidores y caciques de una elección con carácter de independiente.

Allí se escribe á todos los vecinos del distrito, se revisan listas, se compulsan opiniones, se hacen cálculos, se cuentan y recuentan probabilidades, y cada uno de los que se mueven en aquel cuchitril húmedo y nada perfumado parece dotado de todas las condiciones de movilidad y agitación de la ardilla.

Se trata de sacar triunfante á D. Judas Garduña, notario muy conocido, hombre independiente, porque hasta el día ningún partido *le ha dado nada*, y no tiene más aspiraciones que las de servir *bien* y *fielmente* los intereses de la hacienda municipal.

Dicen los maldicientes que D. Judas aspira al cargo, porque hace veinte años que por herencia que el mismo se hizo en testamento ajeno, posee unos solares que no hay medio de vender, por hallarse en sitio por donde no ha pasado todavía la *tira de cuerdas;* y..., lo que él dice en voz baja á sus íntimos, no soy yo de peor condición que muchos otros que por derechos de expropiación han cobrado el triple del valor de sus suelos.

Esto sin contar con que una vez *dentro de la casa*, no han de faltar embolismos de curia y papel sellado.

Y es de presumir que D. Judas está en camino de ganar la elección, cuando con tal fe y tanto entusiasmo le ayudan sus paniaguados.

***

Pasemos á observar á través de otra lente.
Pero sin olvidar que todo resulta del color

del cristal con que se mira.

En la escena que ante nuestros ojos aparece se ven grupos de gente reunida, previa invitación y con propósito deliberado de antemano.

Asistimos á un *meeting*.

Predomina en el concurso el elemento *burgués*.

En el estrado que ocupa la presidencia figuran los representantes más caracterizados del *comité* del distrito.

Acaba de abrirse la sesión, mejor dicho, acaba el presidente de declararla abierta, y hállase en el uso de la palabra un orador, hasta cierto punto, á quien, por singular privilegio nuestro, oímos decir: «La administración, en todos sus ramos, necesita radical reforma: yo he sido durante toda mi vida hombre de bien *(murmullos)*, y quiero ir al municipio para... (Una voz: *Dejar de serlo.)* probarlo.»

El orador (continuando): ¡No, y mil veces no!, para garantizar los intereses del pro-común.

Un concurrente á otro: (No sé por qué este hombre no me parece bien.)

El orador: Todos mis esfuerzos se dirigirán á procurar una administración municipal buena, bonita y barata. Y en prueba de ello, y para concluir, os anuncio que, en mi calidad de cirujano-dentista, estoy resuelto á sacar *gratis* las muelas durante un trimestre á todos los electores del distrito que me presenten su cédula electoral! *(Sensación.)*

Al llegar aquí debió sufrir algún entorpecimiento el dinamo productor de la luz eléctrica que alumbraba el cuadro, porque la escena quedó repentinamente á obscuras.

***

A otro cristal.

Desde este se contempla de nuevo la intervención de la mujer en la cosa pública.

Volvemos á las escenas domésticas.

– Digas lo que quieras y hagas lo que te dé la gana, conste que no te dedicas más que á contrariarme; á trabajar en daño de tus intereses, de los de tu familia y hasta de tu propio decoro. ¿Qué vamos á ganar con que te elijan concejal? En primer lugar, vas á gastar y no poco en comilonas y convites de gente que te adulará mientras pueda explotarte, y luego...

– Luego y ahora y siempre serás tan .. infeliz, que no sepas apreciar los sacrificios que hago por darte posición, importancia y otra cosa que no quiero decir, pero que sale, y no en pequeña cantidad, de *las atribuciones del cargo*.

– Bueno, bueno: pues haz lo que te dé la gana, pero á mí no me vuelvas á dirigir la palabra para nada que se relacione con tus *infundios* electorales.

Tableau.

***

Huyamos de perspectivas que ofrecen tal fondo de desencanto para los que piensan y sienten con acreditada rectitud.

Pero no demos por esteriles las lecciones que nos ofrecen.

Sepamos de una vez que *cada quisque* trabaja, á título de servir á los demás y procurar el desarrollo de sus intereses, por servirse á sí mismo y acrecentar, caiga el que caiga, los provechos propios.

Recordemos las elocuentes frases de aquel obispo de la Edad media cuando decía:

> Yo vi, en cort de Roma, do está la Santidat,
> que todos al dinero fasianlé homildat.

Y lejos de ser pesimistas y hacer oraciones declamatorias contra el vicio, la corrupción y los procedimientos del día, dejémonos llevar por la corriente y... aspiremos á ser consejales.

¡Qué diablo!... *¡Ser ó no ser!*
¡O todo ó nada!

EDUARDO SACO

LA MADRE ANA JAVOUHEY
Y LA COLONIZACIÓN

«Esta mujer es un gran hombre.»
(Palabras del rey Luis Felipe.)

En el artículo necrológico que el *Univers* consagró á la fundadora y primera superiora general del Instituto de San José de Cluny, después de haber narrado los comienzos de la carrera apostólica de la Reverenda Madre Ana de Javouhey, el sacerdote M. Barbier se expresaba en los siguientes términos: «Hace de esto más de cincuenta años y hoy en día el Instituto de San José de Cluny se extiende por todos los puntos del globo y cuenta unas 800 religiosas, 135 establecimientos, noviciados, instituciones y hospitales, de ellos 83 en Francia y 42 en Africa, en las Antillas, en Oceanía y en el Asia meridional.»

La anciana religiosa que en 5 de julio de 1851 terminaba en París una carrera tan fecunda y tan bien desempeñada, nació en 10 de noviembre de 1779 en la municipalidad de Jallonges, en la Côte-d'Or. Sus padres, ricos cultivadores de antigua familia borgoñona y gentes muy positivas aunque buenos cristianos, vieron con cierto disgusto y aprensión las precoces disposiciones de su hija Ana para lanzarse á caritativas empresas. Durante su juventud, en Chamblanc, en la época de disturbios de la Revolución, Ana Javouhey dió en muchas ocasiones pruebas de su carácter decidido cuando se le presentaba alguna coyuntura de ayudar á los sacerdotes no juramentados que continuaban ejerciendo en aquella región un ministerio sembrado de peligros.

A la edad de diez y siete años, dice su historiógrafo (1), la futura fundadora de San José de Cluny era

(1) LA R. M. JOVOUHEY, *Histoire de sa vie, des œuvres et missions de la Congregation*, por el R. P. Delaplace, de la Con-

la alegría y la animación de todas las reuniones de familia; «por esto se solicitaba la compañía de aquella joven, que era objeto de continuas demostraciones halagadoras para su amor propio; nuevo cebo que, unido á la exuberancia de sentimiento y de vida, contribuía más y más á mantenerla en una especie de disipación relativa (1).»

Precisamente cuando sus padres trataban de establecerla, Ana empezó á dar libre curso á las irresistibles inclinaciones que hacia las obras de filantropía cristiana sentía crecer de día en día, comenzando por hacerse catequista de los niños de su parroquia, privados en aquella época de los medios de recibir con regularidad la instrucción cristiana. Después de haber reñido no pocas luchas con sus padres, Ana Javouhey obtuvo en 1800 permiso para entrar en el convento de la Caridad de Besançon para ver si su vocación era bastante; pero la víspera de tomar el hábito abandonó esta comunidad para regresar al lado de sus padres, á quienes los nuevos ensayos de obras y de instituciones benéficas de su hija habían de costar cuantiosas sumas. En 1802, Ana Javouhey hace una nueva tentativa de noviciado en el monasterio de las damas trapenses *de la Santa Voluntad de Dios*, en Suiza, y otra vez abandona el convento el día antes de tomar el hábito de profesa. Pero esta vez el ilustrado director espiritual, que detiene á la joven novicia en el dintel de la regla algo árida de la orden cisterciense, le predice que encontrará el camino que ha de seguir como fundadora de una importante familia religiosa. Así fué, bien que no sin antes haberse entregado á nuevas tentativas infructuosas y onerosas para sus padres. En 1805, la señorita Javouhey, alentada por Monseñor Fontanges, obispo de Autun, estableció sus escuelas para los niños del pueblo, echando con ellas los primeros cimientos del Instituto se San José de Cluny. El día 12 de mayo de 1807, después de haber recibido la profesión religiosa de la señorita Javouhey, de tres de sus hermanas (2) y de otras cinco jóvenes, el sucesor de Monseñor Fontanges, Monseñor Imbertin, presidió en persona la elección canónica en virtud de la cual la madre Ana Javouhey se hizo cargo del gobierno del Instituto de San José, al que tan brillantes destinos había de asegurar andando el tiempo.

Agradábale á la madre Javouhey contar que durante una grave enfermedad que tuvo en 1810 veía en su delirio á un gran número de niños pobres, enfermos, que lloraban y le tendían las manos; añadiendo que lo que más le había impresionado era una multitud de negros, hombres, mujeres y niños, que la llamaban su querida madre. «Entonces, – confesaba con su franqueza de aldeana apenas desbastada, – yo no sabía que hubiera negros y gentes de distintos colores (3).»

La madre Javouhey, consagrada á propagar y aumentar su Instituto y á perfeccionar sus organismos filantrópicos, pasó hasta el año 1814, en que se trasladó á París. Los comienzos del Instituto en la capital fueron en extremo penosos y accidentados: después de haber tenido que luchar con la miseria, la madre Javouhey estuvo á punto de comprometer su causa por haber adoptado para sus clases el método de enseñanza mutua, procedimiento pedagógico de importación inglesa que tenía muchos adversarios entre el clero y las Universidades. Las luchas que en aquella ocasión hubo de sostener y la manera notable como supo salir triunfante de ellas, empezaron á llamar sobre aquella mujer valerosa la atención de algunos elevados personajes de las esferas gubernamentales. Llegado á Francia con objeto de conferenciar con el gobierno acerca de los medios propios para mejorar la condición de las poblaciones de color el intendente de la isla de Borbón M. Desbassyns de Richemont, tuvo ocasión de hablar de sus proyectos filantrópicos con la madre Javouhey, la cual, más bien consultando su corazón que teniendo en cuenta la escasez de recursos de su Instituto, todavía tan joven, le prometió el concurso de las hermanas de San José para trabajar en pro de la moralización é instrucción de los jóvenes de color.

Algún tiempo después, sin consideración á los pocos días que contaba de existencia el Instituto de San José y dando sólo oídos á la confianza que le inspiraba la mujer superior que era el alma del mismo, el vizconde Lainé, ministro del Interior, pidióle hermanas para el servicio de las escuelas y hospitales de todas las colonias francesas.

La madre Javouhey y el Instituto comenzaron entonces á representar su papel colonial, y el 28 de junio de 1817 el navío del Estado *Elefante*, al mando de M. de Chefontaines, desembarcó en Borbón cuatro religiosas (4) que llevaban consigo á aquellas lejanas playas algo del alma de su valiente fundadora. El Senegal, restituído á Francia en virtud de los tratados de 1815, no le fué en realidad entregado hasta 1817: cuando se trató de enviar allí hermanas de San José, todas las del Instituto solicitaron ir á esa posesión. Hace de esto más de setenta años: era aquel el tiempo de las largas travesías en barcos de vela; los progresos de la ciencia, de la higiene exótica, de los conocimientos geográficos no habían aún atenuado en lo más mínimo los peligros y las aprensiones de la expatriación hacia las regiones tropicales.



OTOÑO, cuadro de W. Bernatzik

Retenida en Francia por los cuidados que exigía el gobierno de su Instituto, la madre Javouhey confió á una de sus hermanas, la madre Rosalía, la misión de presidir las primeras fundaciones de San José de Cluny en tierra africana. Me complazco en citar los nombres de estas santas jóvenes que, á principios de este siglo, hallaban en su vocación religiosa el valor necesario para abandonar el amado suelo de la patria con el fin de trabajar obscuramente y bajo un cielo mortífero por el engrandecimiento colonial de Francia. Con la madre Rosalía, la superiora, fueron las hermanas Cecilia Perrin, Clara Goudet, Ursula Ferré, Francisca Berard, Leonor Belin y Celestina Crety. El 19 de marzo de 1819 esas primeras hermanas misioneras desembarcaban en la playa de la isla de San Luis, en el Senegal. Sin embargo, el ministro reclamaba hermanas para las Antillas y para la Guayana, y el personal de los establecimientos de Borbón y del Senegal, castigado por los rigores de aquellos climas, demandaba refuerzos: en estas condiciones, afirmando la vocación colonial de su Instituto, la madre Javouhey no vaciló en detener por algún tiempo el curso de las fundaciones en Francia, á fin de poder hacer frente á todas las exigencias de la obra exótica á su celo confiada.

El día 1.° de febrero de 1822 la madre Javouhey abandonaba, á su vez, Francia para poner mano á la obra colonial y colocarse al frente de sus tropas para conducirlas al ataque de los problemas de civilización cuya solución depende de la abnegación cristiana, de la caridad, de la energía, de la inteligencia y de la perseverancia. Dudo que el senador Mr. Schœlcher y el difunto Cremieux hayan jamás sentido por la causa de las clases desheredadas un ardor tan sincero como el que en poco tiempo había de elevar el espíritu de la humilde borgoñona á la comprensión de las cuestiones más arduas relativas á la colonización.

Desde los primeros instantes de su permanencia en el Senegal, la madre Javouhey entrevé los grandes destinos que algún día podrá tener Francia en Africa. Sí, desde 1822 la fundadora de San José predicaba desde San Luis del Senegal la cruzada en favor del Africa francesa, esforzándose por infundir su entusiasmo á los hombres más indiferentes del gobierno de la Restauración y pidiéndoles que hicieran mucho por la colonización del Senegal, sin pérdida de tiempo, sin permitir que la mancha de aceite del islamismo extendiera más sus estragos. Desde San Luis del Senegal, la madre Javouhey trazaba su futuro programa á las congregaciones de hombres que se formarán más adelante para trabajar por la regeneración moral y religiosa de las poblaciones africanas, sepultadas en las tinieblas de la barbarie y amenazadas de adormecerse eternamente en ellas bajo el yugo embrutecedor del mahometismo.

En cuanto sus trabajos apostólicos la ponen en contacto con los musulmanes, la madre Javouhey presiente que el escollo de las tentativas civilizadoras surgirá en esta dirección:

«Sí, lo repito, – escribía desde el Senegal, – estos pueblos serán la condenación de los cristianos. Después de esto, hay entre ellos muchas ilusiones y fanatismo; son tan ignorantes que inspiran compasión, pero poseen tal dosis de buena fe que no se sabe cómo ilustrarles. Caen de una superstición en otra y serían precisos muy buenos ejemplos para atraerlos poco á poco á la verdad. Quedan, sin embargo, los niños: con ellos cuento principalmente.»

Desde su instalación en Africa, una de las preocupaciones constantes de la madre Javouhey fué la obra de la educación de los negros con el objeto de crear un clero indígena, problema delicado, cuya solución abordó por su propia iniciativa á su regreso á Francia, estableciendo en Bailleul-sur-Therain, en la diócesis de Beauvais, el embrión de un seminario africano. Después de haber consagrado su celo organizador en el dominio de la enseñanza y de los servicios coloniales, en San Luis y en Gorea, la madre Javouhey dirigió especialmente su atención hacia las fundaciones agrícolas, en las que con razón veía un procedimiento incomparable para regenerar por medio del trabajo á la juventud indígena.

(Concluirá)

gregación del Espíritu Santo y del Santo Corazón de María. París, 1886. – Dos volúmenes muy interesantes y muy instructivos, no sólo desde el punto de vista de los trabajos apostólicos y coloniales de la Madre Javouhey, sino también de la historia colonial de Francia en el siglo XIX.

(1) *La R. M. Javouhey*, tomo I, pág. 20.

(2) Estas hermanas de la madre Javouhey, llamadas en el claustro María-Teresa, María Josefa y Rosalía, han representado un papel importante en el establecimiento y desarrollo del Instituto de San José, y la carrera colonial de la madre Rosalía, en particular, ha sido de las más notables.

(3) *La R. M. Javouhey*, tomo I, pág. 91.

(4) Las hermanas María Josefa Varin, Teresa Trotet, Victoria Desprez y Ana María Delorme.

SECCION AMERICANA

EL DEMONIO DE LOS ANDES

TRADICIONES HISTORICAS SOBRE EL CONQUISTADOR FRANCISCO DE CARBAJAL

POR RICARDO PALMA

(Continuación)

IV

COMIDA ACABADA, AMISTAD TERMINADA

Tres meses antes de la batalla de Yñaquito, en que tan triste destino cupo al primer virrey del Perú, habían los partidarios de Gonzalo Pizarro puesto preso en la cárcel de San Miguel de Piura al capitán Francisco Hurtado, hombre octogenario, muy influyente y respetado, vecino de Santiago de Guayaquil y entusiasta defensor de la causa de Blasco Núñez.

Cuarenta días llevaba el capitán de estar cargado de hierros y esperando de un momento á otro sentencia de muerte, cuando llegó á Piura Francisco de Carbajal, en marcha para abrir campaña contra Diego Centeno, que en Chuquisaca y Potosí acababa de alzar bandera por el rey.

El alcalde de Piura, acompañado de los cabildantes, salió á recibir á Carbajal y por el camino lo informó, entre otras cosas, de que tenía en chirona y sin atinar á deshacerse de él al capitán Hurtado.

– ¡Mil demonios!, exclamó furioso don Francisco ¡Ah, señor Martínez! So cabello rubio buen piojo rabudo. ¡Y qué poco meollo para oficial de justicia tiene vuesamerced! Bien podía hacerle una punta á la vara que lleva y tirársela á un perro. ¡Cargar de hierros á todo un vencedor en Pavía! ¡Habrá torpeza! ¡Por vida de mi señor don Gonzalo, que no sé cómo no hago una alcaldada con el alcalde de monterilla! Corra vuesamerced, y deje libre en la ciudad al capitán Hurtado, que es muy mi amigo, y juntos militamos en Flandes y en Italia, y no es Francisco de Carbajal el alma de chopo que consiente en el sonrojo de hombre que tanto vale. ¡Voto va...! ¡Por los gregüescos del Condestable!

Y ante tal tempestad de exclamaciones iracundas, el pobre alcalde escapó, como perro en juego de bolos, diciendo para sí: «Eran lobos de una camada, no haya miedo que se muerdan. Allá se avengan, que en salvo está el que repica.»

Cuando Carbajal entró en Piura ya estaba en libertad el prisionero, quien se encaminó á la posada de su viejo conmilitón para darle las gracias por el servicio que le merecía. El maestre de campo lo estrechó entre sus brazos, manifestóse muy contento de ver, tras largos años, á su camarada de cuartel, hicieron alegres reminiscencias de sus mocedades y, por fin, llegada la hora de comer, sentáronse á la mesa, en compañía del capellán, dos oficiales y cuatro vecinos.

Ni Hurtado ni Carbajal trajeron para nada á cuento las contiendas políticas del Perú. Bromearon y bebieron á sus anchas, colmando el maestre de agasajos á su comensal. Los dos viejos parecían, en sus expansivas manifestaciones de afecto y de alegría, haberse desprendido de algunas canas. Aquello sí era amistad, y la de Orestes y Pilades pura pampirolada.

Cuando después de dos horas de banquete y de pronunciar la obligada frase con que nuestros abuelos ponían término á la masticación, «que aproveche, como si fuera leche,» un doméstico retiró el mantel, la fisonomía de Carbajal tomó aire pensativo y melancólico. Al cabo, y como quien después de meditarla mucho ha adoptado una resolución, dijo con grande aplomo:

– Señor Francisco Hurtado, yo he sido siempre amigo y servidor de vuesamerced y, como tal amigo, le mandé quitar prisiones y sacar de la cárcel. Francisco de Carbajal ha cumplido, pues, para con Francisco Hurtado las obligaciones de amigo y de camarada. Ahora es menester que cumpla con lo que debo al servicio del gobernador mi señor. ¿No encuentra vuesamerced fundadas mis razones?

– Justas y muy justas, tocayo, contestó Hurtado, imaginándose que el maestre de campo se proponía, con este preámbulo, inclinarlo á cambiar de bandera ó, por lo menos, á que fuese neutral en la civil contienda.

– Huélgome, continuó Carbajal, de oirlo de su boca; que así desecho escrúpulos. Vuesamerced se confiese, como cristiano que es, y capellán tiene al lado; que yo, en su servicio, no puedo hacer ya más que mandarle dar garrote.

Y Carbajal abandonó la sala, murmurando:

– Cumplí hasta el fin con el amigo; que buey viejo hace surco derecho. Comida acabada, amistad terminada.

V

EL SUEÑO DE UN SANTO VARÓN

Llegados eran para el *muy magnífico* don Gonzalo Pizarro los días en que su prestigio y popularidad principiaran á convertirse en humo. Sus partidarios más entusiastas, los hombres más comprometidos en la rebeldía, eran los primeros en la deserción. Hasta Menocal el ballestero, un valiente de embeleco que ocho días antes dijera en pleno festín: «Descreo en Dios si Dios no está con Gonzalo,» había puesto pies en polvorosa y presentádose á La Gasca.

Para impedir que la desmoralización cundiera como aceite en pañizuelo, creyó Francisco de Carbajal oportuno dictar medidas terroríficas. Pena de la vida al soldado que sin su permiso enfrenase el caballo; pena de la vida al que vagase por los arrabales de la ciudad; pena de la vida al que murmurase de sus jefes; y, en una palabra, los pizarristas no ganaban para sustos, pues menudeaban las ordenanzas que les ponían la gorja en peligro de intimar relaciones con la cuerda de cáñamo.

Una mañana despertaron á Carbajal para avisarle que cuatro soldados habían sido detenidos fuera de los arrabales de Lima, lo que hacía sospechar en ellos propósito de pasarse al campo enemigo. Vistióse de prisa el maestre de campo, y acompañado del verdugo y una manga de piqueros, dirigióse al sitio donde estaban los presos.

Por el camino vió á un joven alférez que marchaba por la calle con las espuelas calzadas y que procuró esquivar el importuno encuentro, perdiéndose tras una esquina.

– Venga acá, señor Martín Prado, le gritó Carbajal. ¿Dónde bueno tan con el alba?

– De paseo, señor Francisco de Carbajal, contestó con lengua estropajosa el interpelado.

– ¡Elvirita de Meneses, cáscame acá esas nueces!, murmuró don Francisco, expresando su incredulidad con ese refrancillo, y luego añadió con voz clara: ¿Y para respirar el fresco aire de la mañana acostumbra usarced calzarse las espuelas? Por el alma del Condestable, que ó el olfato me engaña ó el señor Martín Prado trasciende á felón y tejedor.

La palabra *tejedor*, que después se ha generalizado aplicándola á los que no juegan limpio en política, era de uso en boca de Carbajal cuando hablaba de aquellos que en esa guerra civil huían de comprometerse, pensando sólo en la manera de quedar bien con el que resultase vencedor, ora fuese San Miguel, ora el demonio. Conste así para que nadie, ni la Real Academia de la Lengua, dispute á Carbajal el derecho de propiedad sobre la palabrita.

Y continuó don Francisco, interrumpiendo al alférez, que principiaba á balbucear una disculpa:

– Sígame el buen mozo, y por el camino acabaremos el ajuste de cuentas; que muy limpias han de ser para que yo le otorgue saldo y finiquito. Ya veremos si vuesamerced es tinaja de agua para estarse serenando.

Y Carbajal empezó á canturrear el estribillo jacarandino de la *zarabanda*, bailecito muy á la moda en España entre las sirenas del respingón y doncellitas contrahechas:

Bullí, bullí, zarabullí,
Que si me gané, que si me perdí,
Que si es, si no es, si no soy, si no fuí,
Por acá, por allá, por aquí, por allí.

Martín Prado púsose al lado de Carbajal, y durante la travesía hasta Cocharcas fué dando sus descargos, fundados en una vulgar historia de amoríos con una casada, devaneo que lo ponía en el compromiso de trasnochar; pero don Francisco encontraba tan soso el cuento, que de rato en rato se detenía, miraba á Prado á los ojos, como si en ellos leyera, y luego proseguía el viaje, murmurando:

– Bueno va el canticio, seor galán... Tejer amores adúlteros ó tejer traiciones, todo es tejer;... pero no hay tustús á perro viejo. Andallo, andallo, que fuí pollo y ya soy gallo.

Las disculpas del pobre alférez no eran de las que podían hallar cabida en un hombre como el maestre de campo, que no era ningún bobo cuatralvo y regoldón, y para quien ni las necesidades premiosas de la naturaleza eran excusa legítima, estando de por medio la rigidez de la diciplina. Así, refiere un cronista que en cierta marcha separóse un soldado de las filas, y escondióse por



CRUZANDO EL RIACHUELO, cuadro de Carlos de Bergen. (Exposición de Munich, 1889.)



EL REY ENRIQUE VIII DE INGLATERRA, cuadro de Juan Holbein

Propiedad del conde de Yarborongh, que figuró en la Exposición Tudor



VENTA DE PESCADO EN LAS PLAYAS HOLANDESAS, cuadro de Juan de Bartels

breve rato tras de una roca, urgido por la violencia de un dolor de tripas. Violó don Francisco, mandó hacer alto á la tropa, cruzó la pierna sobre la cabeza de su mula y esperó con toda pachorra á que el soldado, libre ya de su fatiga, volviese á ocupar su puesto. Carbajal lo despojó entonces de armas y caballo, y lo despidió del servicio militar diciéndole:

– Castígote así, ¡voto á tal!, porque no eres para el oficio, sino para fraile; que el buen soldado del Perú ha de comer un pan en el Cuzco y... echarle en el Titicaca.

En poder de hombre tal, estaba, pues, irremediablemente perdido Martín Prado.

Llegados al sitio donde se encontraban amarrados á un tronco los cuatro prófugos, dijo Carbajal al verdugo:

– Cuélgame de ese árbol á estos pícaros, y en concluyendo con ellos, harás la misma obra con este hidalgo, ahorcándolo en la rama más alta; que algun privilegio ha de tener el alférez sobre los soldados.

Martín Pedro se deshizo en súplicas, y convencido de que su jefe no lo escuchaba, terminó por pedir que siquiera se le diese un confesor.

– No se apure por eso, señor alférez, le contestó Carbajal, que mancebo es y escasa ocasión de pecar habrá tenido. Rece un credo; que para los pocos pecados que tendrá en la alforja yo los tomo por mi cuenta, cierto de que no añadirán gran peso al bagaje de los míos. ¡Ea! Acabemos y sepa morir como hombre; que de mujerzuelas es, y no de barbados, eso de andar haciendo ascos á la muerte. Conmigo no vale dar puntada sobre puntada como sastre en víspera de pascua.

Y sin más ni menos el verdugo colgó de la rama más alta al infortunado alférez.

Luego, volviéndose hacia el oficial que había estado al cargo de los presos, y á quien Carvajal tenía sus motivos para no creerlo muy leal, dijo con aire entre amenazador y zumbático:

– Señor Alonso Alvarez, roguemos á Dios muy de corazón que se contente con la migajita que acabo de ofrecerle.

En seguida Carbajal tendió su capa, que era de paño veintidoseno de Segovia, al pie del árbol, donde se balanceaban los cinco ahorcados, y acostóse sobre ella, murmurando:

– ¡Buen madrugón me he dado! Pues, señor, á gentil sombra estoy para echar un sueño.

Bostezó, hizo la cruz sobre el bostezo, y se quedó dormido con el sueño de un bienaventurado que no trae sobre la conciencia ni el remordimiento de haber dado muerte á una pulga.

VI

LOS POSTRES DEL FESTÍN

Gran banquete daba en el palacio de Lima el *muy magnífico* señor don Gonzalo Pizarro.

Pero antes de ir á la mesa se reunieron en el salón hasta sesenta de los personajes más comprometidos en la causa rebelde. Allí estaban, entre otros, D. Antonio de Rivera, Francisco de Ampuero, Hernán Bravo de Lagunas, Martín de Robles, Alonso de Barrionuevo, Páez de Sotomayor, Gabriel de Rojas, Lope Martín, Benito de Carvajal y Martín de Almendras, gente toda principal y que antes de quince días debía decir á la vuelta lo venden tinto, voltear casaca y traicionar á su caudillo. Allí estaba también el capitán Alonso de Cáceres (¡gran traidor!), quien besando á Pizarro en un carrillo, le dijo: «¡Oh príncipe del mundo! ¡Maldito el que te niegue hasta la muerte!»

Gonzalo quería poner en conocimiento de ellos pliegos importantes de Gasca, oir consejo y sondear el grado de devoción de sus capitanes. Gasca prometía amplio perdón á Gonzalo y sus secuaces.

Terminada la lectura de los pliegos, el licenciado Cepeda, que no era ningún necio de pendón y caldera, sino un pícaro muy taimado, dijo:

– Pues ven vuesamercedes el trance, dé cada uno con franqueza su parecer y voto; que el señor gobernador promete, como caballero hijodalgo, de no tocarlo en persona ni hacienda. Empero mire bien cada uno lo que para después prometa y jure; pues el que quebrante la fe ó ande tibio en los negocios de esta guerra, de pagarlo habrá con la cabeza.

Cuando calló Cepeda reinó por varios minutos el más profundo silencio. Ninguno de los asistentes osaba ser el primero en expresar su opinión. Al fin Francisco de Carbajal, viendo el general embarazo, dijo:

– Pues todos callan, seré yo el que ponga el paño al púlpito y lleve el pato al agua. Paréceme, señores, que esas bulas son buenas y baratas, y que vienen preñadas de indulgencias, y que las debe tomar el gobernador mi señor, y echárnoslas nosotros encima, y traerlas al cuello á guisa de reliquias. Por las bulas estoy y he dicho. Cruz y cuadro.

Miráronse unos á otros los de la junta, maravillados de oir tan pacíficos conceptos en boca del *Demonio de los Andes*, que, por esta vez, habló con sinceridad y sobre todo muy razonablemente.

El oidor Cepeda, recelando que la mayoría de los capitanes se inclinase en favor de la opinión de Carbajal, se apresuró á contestar:

– Dios me perdone la especie, pero se me figura que el maestre de campo empieza á haber miedo del clериguillo.

Carbajal brincó del escaño, que la cólera se le había subido al campanario, puso la mano en la empuñadura de su daga, y con voz airada gritó:

– ¡Miedo! ¡Miedo yo! ¿Quién lo dice?

Pero luego, reportándose, continuó con su babitual tono de burla:

– Mejor es tomarlo á risa. He dado mi parecer y voto sin encontrar sacristán de amén que conmigo sea. Pero no tomaré las bulas, así me prediquen frailes descalzos, si todos mis amigos no las toman. Por lo demás, soy la última palabra del credo, y tan buen palmo de pescuezo tengo yo para el cabestro como el señor licenciado. Siga el carro por el pedregal y venga lo que viniere. Cruz y cuadro. He dicho.

Y se puso á canturrear esta tonadilla:

Bien haya la niña,
Pues la van á ver
Dos paternidades
Y un vuesamercecl.

Y con esto terminó la junta, deshaciéndose todos, menos el capitán Diego Tinoco, en protestas de adhesión á Gonzalo y juramentos de morir en la demanda. Al oirlos, Carbajal murmuraba entre dientes:

– Si como adoban guisan, bien andamos; pero ya saldremos con que se espantó la muerte de la degollada. Más puños y menos palabras quisiera yo.

Hallábanse los comensales á mitad de comida cuando un paje se aproximó á Gonzalo, hablóle al oído y le entregó una carta. Pizarro la pasó á Carbajal, diciéndole muy quedo:

– Lea vuesamerced y haga justicia, que en esta mesa hay un Judas.

Carbajal se impuso del papel, quedóse pensativo, y luego, como quien ha tomado una resolución, se levantó, tocó ligeramente en la espalda al capitán Tinoco, y le dijo:

– Sígame vuesamerced, pues tengo que hablarle cuatro razones al alma.

Levantóse el convidado, salió con Carbajal, y ambos se entraron en uno de los aposentos de palacio.

Las libaciones menudeaban y el banquete crecía en animación. Todos brindadan por las glorias futuras de Gonzalo Pizarro, su caudillo, su amigo.

Y casi todos los que brindaban iban muy pronto á ser desleales con el amigo, traidores con el caudillo.

Si Shakespeare hubiera oído aquellos brindis, habría repetido indignado su famoso apóstrofe: – *¡words! ¡words! ¡words!*

Un cuarto de hora después regresaba Carvajal al comedor trayendo una gran fuente cubierta, la que colocó en el centro de la mesa, diciendo:

– A sazón llegan los postres. Destape vuesamerced.

Martín de Robles levantó la tapa de la fuente, y todos, menos Gonzalo, lanzaron un grito de horror.

Allí estaba sangrienta, casi palpitante, la cabeza del capitán Diego Tinoco.

(Continuará)

NOTICIAS VARIAS

Utilización de la fuerza hidráulica de las cataratas del Niágara. – La historia del aprovechamiento de esta fuerza es ya bastante antigua, y aunque la solución del problema es un hecho desde hace cuarenta años, hasta el presente el éxito no había coronado los esfuerzos de los que querían llevar á la práctica lo que científicamente se había resuelto.

Ahora parece que se trata de proyectos más serios. En efecto; hace poco, la *Niagara Falls Power Company* ha firmado con la *Cataract Construction Company* un contrato en virtud del cual esta última sociedad se obliga á tener construído por todo el año 1891 una instalación por medio de la que se tomará á las cataratas del Niágara una fuerza de 120.000 caballos, que se obtendrá utilizando el 4 por 100 del volumen total del agua caída desde una altura de 40 metros. Para la explotación de esta empresa colosal se ha formado un sindicato que adquirirá una gran superficie de terrenos en los alrededores de las cataratas, en donde se construirán numerosas fábricas que aprovecharán la fuerza motriz de éstas.

Al propio tiempo se proyecta transmitir esta fuerza á la ciudad de Buffalo, que dista de allí 26 kilómetros. Para ello será preciso construir inmensas turbinas y elegir el medio más conveniente para la distribución de la energía. Según las condiciones especiales de la instalación, se escogerá entre los varios sistemas de transmisión existentes, tales como los cables telodinámicos, el aire comprimido, el aire enrarecido, el agua sometida á presión y la transmisión eléctrica. El sindicato ha resuelto abrir un concurso entre los ingenieros y someter las pruebas de este concurso á una comisión científica internacional que constituyen: Sir Guillermo Thomson, presidente; el profesor Mascart, director de la Oficina central meteorológica de París; el coronel Turrettini, antiguo director de los trabajos del San Gotardo y director de la Compañía de utilización de las fuerzas motrices del Ródano en Ginebra; el doctor Coleman Sellers, profesor de mecánica del *Stevens Institute* y del *Franklin Institute*; y el profesor W. C. Unwin, de Londres, secretario.

Tendremos, pues, en breve un gran ejemplo de transmisión de energía á poca distancia: el problema consistirá luego en extender esta distancia de transmisión á fin de conocer la distancia máxima en que la distribución deja de ser económica. Sería interesante establecer distintos sistemas de distribución para surtir de fuerza á varios puntos con el fin de poder comparar con datos numéricos el precio á que resultan la instalación y la explotación.

Según un cálculo de Barret, el caudal de agua que se precipita por la catarata desde una altura de setenta ú ochenta metros es de 550.000 metros cúbicos por minuto, y según una apreciación recientemente hecha por Ayrton la energía de la catarata es igual á la que se obtendría con el conjunto de máquinas de vapor que consumieran 150.000 millones de kilogramos de carbón. Para que se comprenda la enormidad de esta cifra y para formarse idea de lo que aquella energía significa, bastará saber que el consumo de carbón para la producción de fuerza en todo el mundo no pasa de 200.000 millones de kilogramos anuales.

Producción de madera en los Estados Unidos. – Ignoramos hasta qué punto son exactas las siguientes cifras, que tomadas de una memoria presentada por Mr. Little al presidente de la cámara de comercio de Montreal publica el *Monitor del Comercio* de esa ciudad y que á título de curiosidad interesante reproducimos.

«He manifestado ya – dice Mr. Little – que la producción anual de madera para aserrar de los Estados Unidos llenaría un tren de 40.000 kilómetros de longitud, es decir una línea suficiente para dar la vuelta al mundo; pero esta madera para aserrar no es más que una pequeña parte del producto de los bosques norte-americanos, puesto que hay otras varias clases de maderas que sirven también de flete.

Juntando las maderas que se emplean para los ferrocarriles, para las minas, para la exportación, etc., llegaríamos á un tren de 100.000 kilómetros de largo, y si á todas ellas añadíamos las maderas destinadas á combustible, la longitud del tren resultaría ser de 463.000 kilómetros, distancia superior á la que separa á la tierra de la luna.

El peso del tren de 40.000 kilómetros de longitud se elevaría á 500 millones de toneladas.

El total de la madera manipulada anualmente por los obreros americanos demuestra cuán potente es el hacha en manos de los leñadores, que causan con ella más estragos que el fuego, las inundaciones y las tempestades.»

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL DIAGRAMÓMETRO DEL CORONEL KOZLOFF

El *diagramómetro* es un aparato de medición que permite calcular rápidamente por medio de la gravedad todos los elementos de un diagrama ó de una curva. El modelo actual, representado en la fig. 1, es sólo un primer ensayo que demuestra todo el partido que podrá sacarse de instrumentos más especiales adaptados á las diversas necesidades de los calculistas: en un porvenir no lejano será indudablemente el *instrumento universal de cálculo* para el ingeniero, el físico, el químico, el mineralogista, el médico, el meteorologista, el agrónomo, el banquero, el industrial, el contador y el comerciante.

Difiere este aparato de todos los instrumentos de cálculo hasta el presente conocidos, en que permite resolver simultáneamente un gran número de problemas y en que funciona por efecto de la gravedad. Hasta ahora apenas se conocían dos ó tres aparatos de este género, imitaciones de la *Balanza aritmética* de Cassini, descrita en el *Recueil des machines de l' Académie des sciences de Paris* (tomo I, 1699) y de la *Balanza* de M. Lalanne, senador, inspector general de puentes y calzadas. En el mismo orden de ideas podemos también señalar el puente levadizo, según el sistema del general Poncelet, que se encuentra en el monte Valeriano.

El *diagramógrafo* es un cuadro situado en un plano vertical, representado en la parte baja de la fig. 1, en el que hay trazadas líneas verticales y horizontales equidistantes. Delante de él encuéntranse unas correderas dispuestas verticalmente que se puede hacer subir ó bajar á voluntad. De este modo se puede figurar un diagrama, una curva cualquiera conforme al sistema de las coordinadas de la geometría analítica de Descartes.

Las correderas están numeradas horizontalmente de izquierda á derecha y representan las abscisas; las diferentes alturas de las correderas con relación á una horizontal cualquiera representan las ordenadas. Se puede, pues, figurar instantáneamente un diagrama correspondiente á un cuadro de cifras y producir de esta suerte gráficos de toda clase. Tomando como abscisas el tiempo medido en minutos y segundos, las ordenadas pueden figurar la trayectoria de un proyectil, las particularidades del movimiento de los órganos de las máquinas, las dilataciones y las temperaturas y, en general, todos los fenómenos que son funciones del tiempo. Tomando como abscisas las horas del día, las ordenadas pueden representar la temperatura, la presión barométrica, el estado higrométrico, la velocidad del viento, el pulso y la temperatura de los enfermos, etc., etc. Si se toman como abscisas los días de cada mes, los meses del año, los años de un siglo, las ordenadas pueden representar los cambios de la bolsa y de los valores fiduciarios, los ingresos y gastos de un comerciante, los diversos presupuestos de los Estados y de las ciudades, las temperaturas y las presiones medias, el producto y los precios de las cosechas, los resultados de la estadística, de los nacimientos y defunciones, etc. En una palabra, el *diagramógrafo* permite representar instantáneamente de una manera visible y evidente los resultados de un cuadro de cifras, el estudio de los fenómenos de las ciencias de observación y de los trabajos de la estadística: es el *fenomenógrafo* por excelencia, el verdadero mostrador de fenómenos. Pero esta parte es independiente del resto del aparato, y puede, en caso necesario, ser separada de él.

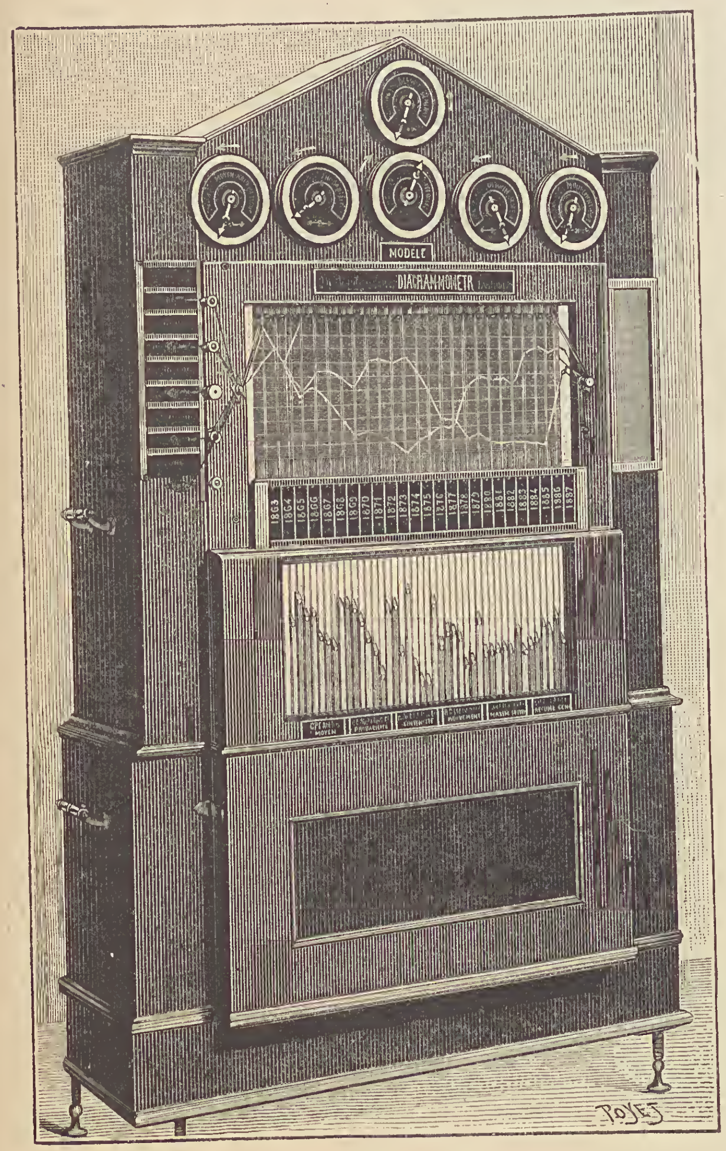


Fig. 1. – El diagramómetro del coronel Kozloff

Un poco más abajo de la parte central de la fig. 1 se ve otro diagramógrafo en el que las correderas están reemplazadas por hilos verticales, á lo largo de los cuales se deslizan unos anillos ó cursores: un cordón de color pasa al través de todos los anillos, y levantando ó bajando éstos se figura un diagrama con el cordón tirado en sus dos extremos por tambores con resorte, estando el aparato dispuesto de tal suerte que se pueden representar á la vez cinco diagramas por medio de cordones de distintos colores. Pero basta con mostrar uno solo de estos diagramas.

A cada uno de los anillos del diagrama corresponde una cadena vertical (fig. 2), enganchada á la cruz de una balanza: cuando se levanta en una longitud determinada el anillo móvil, el extremo inferior de la cadena asciende en una cantidad complementaria y no pesa sobre la cruz más que en un peso proporcional á la longitud figurada por la ordenada. De aquí que si en el aparato se representa un diagrama, el peso efectivo de las cadenas permite determinar la media aritmética de las ordenadas. Otras palancas sostienen también unas cadenas unidas por medio de hilos á los anillos de un mismo diagrama, y el movimiento del anillo produce diversas disposiciones de las cadenas.

Unos cuadrantes llamados *medidores* están representados en lo alto de la fig. 1, y son, de izquierda á derecha: 1.°, término medio; 2.°, probabilidad; 3.°, intensidad; 4.°, máximo medio; y 5.°, movimiento probable. Encima hay un sexto cuadrante, el *resumen general*. El cuadrante 3 mide la longitud del diagrama por medio de un tambor. Para servirse de los demás se hace mover el puño de la aguja grande de manera que quede horizontal la pequeña aguja inferior, y entonces se lee en centésimos: 1.°, la media aritmética de todas las ordenadas; 2.°, la media aritmética de la desviación de cada una de las ordenadas con el valor medio; 3.°, la media aritmética de las ordenadas superiores á la media; 4.°, la probabilidad del movimiento ascendente ó descendente de la ordenada; y 5.°, finalmente, el resumen general permite reunir en una sola media los resultados indicados por los otros medidores afectándolos con coeficientes variables.

Los principios y los detalles de construcción de este aparato son en extremo ingeniosos y han recibido la alta aprobación de M. Marey, miembro del Instituto, que ha proporcionado al autor extensiones del aparato para el espacio de tres dimensiones y dado el nombre del nuevo aparato *stereogramómetro*. M. Marcel Deprez, miembro del Instituto, se ha acordado de sus trabajos originales sobre los integradores y sobre las aplicaciones de la mecánica y de la física á toda clase de cálculos, y ha felicitado al inventor. MM. Gariel, Cheysson, ingenieros jefes de puentes y calzadas; los coroneles Lanssedat, Manheim, Quinemant; MM. Matrot, ingeniero jefe de minas, Guieysse, Janet, Lemoine, Masson, Campion, etcétera, ingenieros, han aprobado las diversas aplicaciones del aparato y lo propio ha hecho el Dr. Bertillón, jefe de los trabajos de la estadística municipal.

El diagramómetro ha estado expuesto en el Conservatorio durante el mes de julio, y será presentado á los miembros del Congreso de Limoges por la *Association française pour l' Avancement des sciences*, después de lo cual el coronel Kozloff regresará al Cáucaso para perfeccionar sus aparatos y darles su forma definitiva. Allí encontrará el recuerdo de su antepasado Prometeo, que fué castigado con atroz suplicio por haber querido arrebatar el secreto de los dioses y robar el fuego del cielo. ¡Bella y poética imagen del inventor cuyo cerebro se ve devorado por ideas sin cesar renacientes y siempre nuevas!

EDUARDO LUCAS

***

EL NARVAL Y EL UNICORNIO DE LOS ANTIGUOS

En algunos blasones, y especialmente en las armas reales de Inglaterra, se ve figurar la imagen de un animal fantástico, del cual se habla á menudo en los escritos de los autores antiguos y que ha puesto á prueba la sagacidad de los comentaristas. Nos referimos al *unicornio*, representado en forma de un caballo cuya frente está adornada con un largo cuerno en espiral. Opinan algunos autores que la idea de este sér extravagante ha sido sugerida por la vista de un antílope oryx colocado de perfil, de manera que sus cuernos aparecieran sobrepuestos. Creen otros que el unicornio no es sino un rinoceronte cuyo apéndice nasal fué notablemente exagerado por la imaginación de los antiguos viajeros. Es muy probable que ambas versiones encierren un fondo de verdad. En efecto, nada se opone á que el *Oryx* que de pasada menciona Aristóteles en su *Historia de los animales* y al que atribuye un cuerno único, sea una especie de antílope del género de los que los naturalistas modernos designan todavía con el nombre de *Oryx*. Estos antílopes, ó por lo menos los de la especie llamada *Oryx beisa*, que habita en el Nordeste de Africa, eran tan bien conocidos de los antiguos egipcios, que se les ve representados en las escenas de caza que adornan las tumbas de los Faraones; su existencia no podía, pues, ser ignorada de los griegos del tiempo de Aristóteles, que mantenían con aquéllos frecuentes relaciones.

Por otra parte, diga de ello lo que quiera Bochart (1), parece fuera de toda duda que el asno de la India, citado por Aristóteles al mismo tiempo que el oryx, y que después ha sido considerado como el *Monoceros* ó el *Unicornio* por excelencia, no es otra cosa que el rinoceronte, que en ningún capítulo de la *Historia de los animales* aparece mencionado con su actual nombre. Sería, en efecto, muy extraño que el gran naturalista griego no hubiese oído hablar del rinoceronte de la India, él que, gracias á la munificencia del rey de Macedonia, tenía en Asia, al decir de Plinio, gran número de viajeros encargados de observar los animales y las plantas y de recoger los ejemplares de unos y otros destinados á sus estudios. Por otro lado, en los escritos de Ctesias de Cnido, de los cuales tomó Aristóteles una porción de datos sin tener, empero, gran confianza en su exactitud, se encuentra una descripción del asno de la India, que, sin convenir en su conjunto al rinoceronte, contiene ciertos rasgos que se adaptan muy bien á esta especie. Así Ctesias, que al parecer sólo vió un astrágalo y un cuerno de un asno de la India, dice que con cuerpos de este género se fabrican vasos que preservan á los que en ellos beben de convulsiones, ataques de epilepsia y tentativas de envenenamiento. En nuestros días, todavía en muchos países de Oriente se atribuyen precisamente las mismas virtudes á las copas fabricadas con cuernos de rinoceronte ahuecados y artísticamente cincelados.

Plinio, es cierto, menciona más tarde como dos especies distintas al unicornio y al rinoceronte, que empezaba á ser bien conocido de los romanos desde que había aparecido en los juegos del circo; pero es evidente que, como su predecesor Aristóteles, el naturalista latino tomó datos principalmente de los escritos de Ctesias. Sin embargo, en su descripción del unicornio introdujo algunas modificaciones que la hacen más especialmente aplicable al rinoceronte: así, no presentó á aquel animal como á un asno, un solípedo, sino que le dió forma de caballo, cabeza de ciervo con un cuerno en mitad de la frente, pies de elefante y cola de jabalí. Por el contrario, otros autores más recientes, engañados por la expresión del asno de la India empleada por Aristóteles, han confundido á ese animal con el onagro, y de este modo se ha ido poco á poco fijando la forma equina del unicornio.

Pero todo esto no explica cómo el cuerno pirami-

(1) *Hierozoicon*, lib. III, cap. XXVI.

dal y ligeramente encorvado del rinoceronte ha podido transformarse en esta larga defensa recta y adornada con espirales que sale de la frente del animal heráldico; para explicarlo hay que hacer intervenir en ello elementos tomados, sea de los antílopes del género Oryx, sea de un animal marino ó narval que posee una defensa larga y en espiral como la del unicornio.

El narval *(Monodon monoceros)* es un cetáceo de gran tamaño que mide 4, 5 y aun 6 metros y medio de largo en la edad adulta y que ofrece afinidades con el beluga *(Beluga catodon* ó *Delphinopterus leucas)* de la familia de los delfínidos: tiene el cuerpo alongado, grueso por delante, atenuado por detrás y terminado por este lado en una aleta caudal ancha y profundamente escotada, pero carece de aleta dorsal, que sólo está representada en él por una arruga cutánea irregularmente dentada. Las aletas pectorales son redondas en su borde inferior y relativamente poco desarrolladas, de tal suerte, que han de obrar más bien como balancines que como órganos de propulsión. El cuello es muy corto y grueso, y la cabeza, de forma globulosa y con los aventadores abiertos en la cara superior del cráneo, está cubierta, como el cuerpo, de una piel blanda y lustrosa de color variable. Casi siempre los adultos son de color blanco amarillento con manchas pardas ó negruzcas alongadas é irregulares que confluyen en la cabeza y son siempre mucho más numerosas en las hembras que en los machos. Los jóvenes, por el contrario, son de un gris azulado ó pizarreño casi uniforme, y los individuos de media edad ofrecen tintes más obscuros que los adultos.

El carácter más notable de la especie consiste en la presencia en el macho de una defensa que á veces alcanza una longitud de 2 metros con una circunferencia de 18 centímetros en la base. Esta defensa, absolutamente recta y gradualmente afilada, lleva un cordón saliente arrollado en espiral cuyas vueltas disminuyen y tienden á desaparecer hacia la punta. En su extremo, este diente es limpio y blanco, al paso que en el resto de su longitud está manchado por una capa grasienta de color pardusco: á pesar de cuanto en contra se ha dicho, es evidente que siempre está implantado únicamente en el maxilar, de tal suerte que hay que considerarlo más bien como un canino que como un incisivo. Siempre se desarrolla en el lado izquierdo de la mandíbula, estando sólo representado en el otro por una pequeña prominencia en espiral. En algunos casos, no obstante, el diente de la parte derecha adquiere tanto desarrollo como el de la izquierda, y entonces el animal se encuentra provisto de dos defensas paralelas. Mr. Brown ha podido examinar en Groelandia muchos individuos que presentan esta anomalía aparente, que no es, en realidad, otra cosa que la vuelta á un tipo normal de dentición, y M. J. W. Clark ha descrito hace unos veinte años el esqueleto de un narval así conformado, que fué cedido por M. Reinhardt de Copenhague al Museo de Cambridge (1). Nada de esto existe en la hembra del *Monodon monoceros*, en la que la defensa del lado izquierdo está tan atrofiada como la correspondiente al lado derecho. En cuanto á los demás dientes hay absoluta ausencia de ellos y su lugar no está indicado en las mandíbulas más que por impresiones transversales.

Se ha pretendido que el narval se servía de su defensa como de un arpón para coger su presa y llevarla á la boca; pero si así fuese, si realmente el animal se viese obligado á alimentarse por este extraño procedimiento, la hembra, que está desprovista de ese diente, se vería fatalmente condenada á perecer de hambre. Casi la misma inverosimilitud existe en la opinión expresada por Fabricius, que considera la defensa del narval como un pico con el cual el cetáceo rompe el hielo y mantiene abiertos durante el invierno los agujeros por donde sale á respirar en compañía de otros animales de su especie. Y decimos que hay inverosimilitud en esto, porque si bien parece fuera de toda duda, como dice Mr. Brown, que tales orificios existen en los campos de hielo y que los narvales y belugas acuden á centenares á ellos para respirar con avidez el aire tan necesario para sus pulmones, nada, en cambio, demuestra que estos respiraderos sean obra de los narvales. Por el contrario, todo hace creer que el diente del *Monodon monoceros* es un arma ofensiva y defensiva, una verdadera lanza con la cual el narval atraviesa á sus rivales y se opone, quizás, también á las acometidas de los demás cetáceos, de las focas y de los osos blancos. Entre los individuos que se cogen de la clase que nos ocupa, los hay, en efecto, en gran número que tienen la defensa rota más ó menos cerca de la cabeza, y míster Brown pretende que á veces se encuentran algunos de estos dientes rotos que llevan hincada la punta de otro diente que penetró cerca de la base en un punto en donde el tejido era poco resistente. En apoyo de esta hipótesis, puede citarse también el hecho de que entre los mamíferos terrestres no es raro ver en el macho un desarrollo extraordinario de los caninos, observándose esto especialmente en los gameznos y en los cervatillos, cuyos machos llevan verdaderas defensas, con las cuales se infieren profundas heridas en las encarnizadas luchas que, durante la primavera, sostienen con los individuos de su raza.

(1) R. Brown: *Notes on the History and geographical Relations of the Cetacea frequenting Davis Straits and Baffin 's Bay, Proceed. zool. Soc. Lond.* 1868, pág. 562. – J. W. Clark, *On the Skeleton of á Narwhal with two fully developped tusks.* Idem, 1871, pág. 42.

Fig. 2. – Mecanismo interior del diagramómetro

Sin embargo, en tiempos ordinarios los narvales son animales mansos y sociables que viven en buena armonía con sus semejantes. En determinadas épocas se reunen en grupos sumamente numerosos que realizan emigraciones regulares.

A pesar de lo que los antiguos autores afirman, los narvales son animales activos y ágiles con tal que tengan espacio suficiente para sus evoluciones: con un simple coletazo pueden cambiar bruscamente de dirección, y una vez heridos arrastran á menudo el arpón á una profundidad de 30 ó 40 brazas. Su alimento se compone de peces, á veces muy voluminosos, que arrollan con su lengua á fin de poderlos tragar, y cuyas espinas aparecen luego clavadas en su estómago con restos de crustáceos y de calamares.

Actualmente tienen estos cetáceos casi la misma distribución geográfica que los belugas, y sólo se encuentran en el estrecho de Davis, en la bahía de Baffiro y en el mar Glacial. Nordenskiold dice (2) que los pescadores noruegos no los ven ya en las costas de Nueva Zembla, pero que de cuando en cuando se les divisa en grupos numerosos entre esta tierra y el Spitzberg. En verano los narvales se remontan muy lejos hacia el polo, al paso que en la primavera y en el invierno frecuentan las costas de Groelandia, pero aun en la estación fría raras veces descienden al Sur del grado 69 de latitud. De dos siglos á esta parte apenas pueden citarse tres ó cuatro apariciones de estos animales en el mar del Norte, alrededor de las Shetland, en los alrededores de Boston, en el condado de Lincoln, en Inglaterra y en las costas de Alemania. No sucedía lo mismo en otro tiempo, y en el siglo XIII visitaban probablemente los mares occidentales de Europa, puesto que de ellos se habla en los escritos de Alberto Magno, que erróneamente los consideraba como peces muy peligrosos, pero por fortuna tardíos en sus movimientos. En época todavía más remota, en el último siglo antes de la era cristiana, los narvales aparecían con las ballenas en las costas de España: así resulta del testimonio de Estrabón, que designa á esta especie de cetáceos con el nombre de *unicornio marino.*

Se ve, pues, que los antiguos establecían una asimilación entre el narval y el unicornio, lo cual explica claramente por qué poco á poco nació la confusión entre el animal marino y el terrestre: algunos atributos del primero fueron aplicados al segundo, hasta que al fin nació la idea de plantar la larga defensa del cetáceo en la frente del unicornio transformado en caballo.

La causa de la desaparición gradual del *Monodon monoceros* de las regiones templadas de Europa es la misma que la que ha provocado la extinción paulatina de las ballenas y su retirada al Norte, á saber: la persecución demasiado activa de que han sido víctimas estos animales. En efecto, en otro tiempo los dientes de narval eran muy buscados, porque se les atribuía, como aún les atribuyen los chinos, toda clase de virtudes medicinales que aparecen enumeradas en las antiguas farmacopeas y especialmente en la *Histoire complète des drogues* del maestro Pomet. Utilizábanse también para fabricar objetos preciosos.

Los groelandeses tienen en grande estima la carne de narval, que comen cocida ó seca, y sobre todo la piel, que hervida ó reducida á gelatina constituye para ellos una verdadera golosina. Los tendones del mismo animal producen un hilo muy resistente; los intestinos sirven para confeccionar vejigas que se colocan en diferentes aparatos de pesca, y las partes grasas dan un aceite excelente para el alumbrado. La variedad de los productos que se obtienen del narval explica suficientemente el encarnizamiento con que los pueblos del Norte persiguen á esta especie de cetáceos.

(De *La Nature*)

(2) Viaje de la *Vega*.



TODA UNA JUVENTUD

POR

FRANCISCO COPEE

Ilustraciones de Emilio Bayard - Grabado de Huyot

(CONTINUACIÓN)

IX

Ahora Amadeo no tiene ya familia.

Al día siguiente de la muerte de su padre ha roto violentamente con su único pariente M. Isidoro Gaufre, porque el explota-santos, bajo pretexto de que el suicidio le causaba horror, ha dejado conducir al cementerio en un coche fúnebre de sexta clase al marido de su propia sobrina, y no ha honrado con su presencia el triste convoy que no podía ir acompañado del clero parroquial, lo cual no ha impedido al santo hombre el devorar en el almuerzo de aquel mismo día, tronando contra los progresos del materialismo, unos callos al estilo de Caen, obra maestra hebdomadaria de Berenice.

Amadeo no tiene ya familia, y sus amigos se han dispersado.

En recompensa de los dos exámenes de Derecho, que para Mauricio casi han sido cosa de juego, la señora Roger ha obsequiado á su hijo con un viaje á Italia, y acaban de partir juntos.

Respecto á los Gerard, ¡pobres gentes!, precisamente un mes después de la muerte de M. Violette, el viejo grabador ha sucumbido á un ataque de apoplejía fulminante, cayendo herido de muerte sobre la plancha que grababa. Aquel día no se habrían encontrado ni cincuenta francos en el cajón de su cómoda. Alrededor de la fosa abierta en que fué enterrado el obscuro y honrado artista no hubo más que un grupo negro de tres mujeres que lloraban, Amadeo vestido de luto y una docena de antiguos camaradas de Gerard, viejos artistas de sombrero puntiagudo y encanecidas melenas románticas. Fué necesario vender en seguida, para reunir algún dinero, los pocos diseños que quedaban en los cartones, los pocos cuadros, regalos de amigos que se habían hecho célebres, los últimos y escasos objetos de arte, y en fin, todo el pobre tesoro que adornaba la casa. Luego, la mamá Gerard, con objeto de que su hija mayor estuviese menos lejos de sus lecciones, se fué á vivir á lo alto de la calle de San Pedro, en Montmartre, en donde encontró un pequeño cuarto bajo, no muy caro, con un jardín tan grande como un pañuelo de hierbas.

Amadeo, reducido á sus ciento veinticinco francos mensuales, tuvo también que dejar el cuarto demasiado caro de la calle de Nuestra Señora de los Campos, y vender la mayor parte del mobiliario, no conservando más que sus libros y lo preciso para amueblar un cuartito en una casa vieja del arrabal de Santiago. Estaba muy lejos de Montmartre y de la calle de San Pedro, y con gran disgusto por su parte, no podía ver con la frecuencia que hubiera deseado á aquellas amigas que por la comunidad del dolor hacíansele más queridas que nunca.

Sólo le quedaba un consuelo: el trabajo literario, al que se entregó con encarnizamiento para adormecer su pena con el maravilloso opio de la poesía y del ensueño. Además comenzaba á entrever su camino y sentía que le era posible decir algo nuevo. Desde hacía mucho tiempo había quemado sus primeros versos, imitaciones desgraciadas, de los maestros en boga, y su drama, en el que los dos amantes cantaban sobre el césped un dúo apasionado. Volvió á la verdad y á la sencillez por el camino de los escolares, que es el más largo. El gusto y la necesidad obligáronle á la vez á expresar sinceramente lo que tenía delante de los ojos, á apropiarse lo que podía haber de humilde ideal entre las pobres gentes, en medio de las cuales había vivido, y en los paisajes de los alrededores de París, en donde había pasado su infancia: en una palabra, tomó á la naturaleza por su maestra.

Probó, sintió que lograba su objeto, y vivió las más bellas y dulces horas de su existencia, en las que el artista, dueño de su expresión, y teniendo todavía la abundancia y vivacidad de sensaciones de la juventud, escribe la primera obra que reconoce como buena, y la escribe con entero desinterés, sin pensar en que otros han de verla; trabajando para él solo, por la sola alegría de producir y esparcir fuera de él todos sus recuerdos, toda su fantasía y todo su corazón. Instantes de puro entusiasmo y de perfecta dicha que no volverá á encontrar, cuando haya mordido el fruto sabroso del éxito y cuando se halle calenturiento por el deseo de gloria. ¡Horas deliciosas! ¡Horas sagradas, que sólo pueden compararse á la embriaguez del primer amor!

Durante los meses de invierno que siguieron á la muerte de su padre, Amadeo trabajó valerosamente. Se levantaba á las seis de la mañana, encendía su lámpara y la estufita de loza, estufa de lavandera, que calentaba su habitación; y paseando por ésta, ó bien encorvado ante unas cuartillas de papel en blanco, el poeta comenzaba vigorosamente su lucha con las imágenes, palabras é ideas. A las nueve salía, se desayunaba en una lechería próxima é iba á su oficina. Después de emborronar allí fastidiosos papelotes, quedábanle dos ó tres horas, en las que no hacía nada, pero que empleaba en leer y en tomar notas de los libros que se proporcionaba en un gabinete de lectura de la calle Royer-Collard; pues pronto comprendió que el que sale del colegio es tan ignorante que sólo conoce la necesidad de aprender. Al caer la noche salía como escapado del ministerio, volvía á su arrabal por los boulevares de los Inválidos y de Montparnasse, que en aquella época estaban plantados de olmos seculares que algunas veces se iluminaban á intervalos, cuando el encargado de encender los faroles, armado de su lanza, hacía que éstos alumbrasen, enviando reflejos y rayos de luz á los esqueletos de los árboles deshojados. Este paseo que Amadeo se imponía por higiene, conducíale á las seis al fondo de la lechería situada enfrente del Val-de-Grace, en donde hacía una comida de artesano. Luego subía á su granero de versos, encendía la lámpara y la estufa y... ¡á trabajar con ardor hasta media noche! Este esfuerzo caluroso, continuo, esta tensión de la voluntad, conservaban á su espíritu el vigor y la excitación indispensables á la producción poética. Su pensamiento, sin cesar exprimido, hallábase preparado para recibir los gérmenes que sopla el viento misterioso de la inspiración; y en algunos instantes, estupefacto, viendo correr su pluma tan rápidamente sobre el papel, se detenía lleno de inefable orgullo por haber reducido así á su obediencia á la palabra y al ritmo. Preguntábase qué poder sobrenatural le permitía encantar á esos dos feroces y divinos pájaros.

El domingo hacíase traer algo de comer por la portera de la casa, pensaba todo el día y no salía hasta las cinco de la tarde para ir á comer en casa de la mamá Gerard. Era la única distracción que se permitía, ó por mejor decir, la sola recompensa. Atravesaba á pie todo París, compraba un pastel en la calle de Fontaine para los postres; después subía sin cansancio, merced á sus piernas de veinte años, por las callejuelas escarpadas y solitarias del alto de Montmartre,

alumbradas entonces por reverberos que se bajaban y subían por medio de poleas y en las que podría uno creerse relegado á un rincón de provincia.

Le esperaban para poner la sopa en la mesa, y el joven, vestido de negro, se sentaba entre la viuda y las dos huérfanas.

¡Ay! ¡Qué austera es ahora la vida de estas pobres mujeres! Damourette, el antiguo premiado de Roma, miembro del Instituto, acordándose de que en otro tiempo había sido compañero de obrador de Gerard, ha obtenido para su viuda un socorro anual de la dirección de Bellas Artes; una limosna que no alcanza ni para pagar el alquiler del cuarto. Afortunadamente la buena Luisa, que tiene ya aspecto de mujer provecta, de veintitrés años, recorre la ciudad todo el día, con su rollo de papeles de música debajo de su pañuelo de luto. Tiene muchas lecciones, y más de veinte casas en París se han hecho inhabitables por causa de jovencitas de manos encarnadas que las hacen temblar con sus escalas cromáticas.

Lo que gana Luisa constituye hoy día la base de existencia de la familia. No hay paradoja más extraña que la vida social en las grandes ciudades, en las que *El último pensamiento de Weber* puede proporcionar el precio de un pan de cuatro libras, y se paga la cuenta de la tienda de comestibles con el producto del *Minué de Boccherini.*

A pesar de todo, nada hay que despilfarrar en casa de las Gerard, y María también ha querido ser útil y ayudar á su madre y hermana. Siempre ha demostrado grandes aptitudes para el dibujo, y su padre la dió lecciones. Ahora va á trabajar al Louvre, y se ejercita en copiar cuadros de Chardín y Latour. Va sola, lo cual es algo imprudente, siendo tan bonita; pero Luisa no tiene tiempo para acompañarla, y mamá Gerard se ve obligada á permanecer en casa para hacer la limpieza y guisar. Así, pues, la presencia de María en el Museo ha turbado el corazón de bastantes jóvenes principiantes, y se notan casos de tristeza persistente y de pérdida de apetito en el estudio de Flandrin. Dos discípulos de Signol, que se han sorprendido mutuamente haciendo la rueda á la linda copista, se odian en secreto como rivales, y abrigan proyectos de duelo á la americana.

Decir que á María no le halaga ni poco ni mucho el ver á estos jóvenes admiradores vagar tímida y respetuosamente en torno suyo; pretender que si ella se quita el sombrero colocándole sobre el montante de un caballete es únicamente porque el calorífero la produce jaqueca, y no para enseñar sus hermosos cabellos, sería mentir como un programa electoral. Sin embargo, la pequeña continúa seria, os lo aseguro, y los ve venir. Trabaja concienzudamente, hace progresos, y su última copia, que es el retrato de una joven marquesa que tiene sobre las rodillas un pichón adornado con cintas, no está mal, á decir verdad. Precisamente esta copia proporciona un negocio á la gentil artista.

El tío Issacar, el antiguo mercader del muelle de Voltaire, un judío á la antigua usanza, cuya sórdida hopalanda con agremanes produce desmayos á la vista, se acerca un día á María, que dibuja una rosa en la peluca empolvada de la marquesa, y después de haberse quitado su sombrero tan lleno de grasa que bastaría para hacer el rancho de un cuartel, la dice:

«Señorrita, ¿pudría usté fabricarme una dosena de retratos de famiglia?»

La joven no comprende al principio; mas á pesar de su abominable jerigonza, el judío logra explicarse.

En nuestros días todo se compra, hasta la nobleza, y nada es más sencillo con tal de que se posea una cartera suficientemente provista. Mediante el dinero, puede encontrarse en el Vaticano, segundo corredor de la derecha, tercera puerte á la izquierda, un título de conde romano de nuevo cuño. Una agencia heráldica (leed los anuncios) planta y hace crecer un árbol genealógico, bajo cuya sombra podría celebrarse un almuerzo campestre de veinticinco cubiertos. Compráis un castillo con almenas (las almenas son esenciales) en el rincón de una provincia muy reaccionaria; visitáis á los castellanos de los alrededores, llevando por alfiler de corbata una flor de lis de oro, os declaráis legitimista rabioso y clerical feroz, dais comidas y cacerías, y punto concluído: apostamos á que vuestro hijo se casará en el arrabal de San Germán con el vástago de una familia que descenderá auténticamente de los Cruzados.

Sólo que para llevar á cabo esta agradable bufonería, no deben olvidarse ciertos accesorios, principalmente los retratos de vuestros antepasados. Estos deben adornar las paredes del castillo, en donde obsequiáis á los hidalgüelos de la comarca. Pero es preciso mucho tacto para confeccionar esta galería de familia. Nada de exageración, créame usted. No hay que remontarse muy alto. No se atribuya usted la fundación de una raza, representada en un caballero cargado de hierro, espantosamente pintado en madera con el escudo de armas en la sobrevesta, no; es preciso partir solamente del tiempo del Verde-Galán: esto es más verosímil. Conténtese usted con ser un caudillo de dinastía á lo Porbus, con la barba gris cayendo sobre una gorguera con muchos canutillos. A propósito, días pasados he visto algo bueno en este género, cerca de la plaza Real, en casa de un revendedor de la antigua calle del Paso de la Mula (había allí un perrito que levantaba la pata precisamente al pasar yo); y usted puede proporcionarse ese ascendiente por quince francos poco más ó menos, regateando algo.

Pero, mejor pensado, no se tome usted ese trabajo; diríjase al especialista, al tío Issacar que, no se asuste usted, vive todavía. En su casa se encuentran magníficos antepasados, y no muy caros, y si usted consiente en no descender más que de sencillos escuderos el precio será insignificante.

No hay que decir que los presidentes de tribunal están casi de balde. Pero si quiere usted la nobleza de espada, ó contar á algún prelado entre sus ascendientes, el precio aumenta, como es natural. No hay otro como el tío Issacar, para dar barato, relativamente, un obispo forrado de armiño, ó un maestre de campo con peluca á Luis XIV, cordón azul y una coraza sobre su casaca encarnada.

En una serie de retratos de familia sienta muy bien un corto número de pinturas al pastel: ¿qué le parece á usted un abate de ojos saltones, ó una señora vieja, pero bastante descotada, ó un capitán de dragones con el casco de piel de tigre? (Si tiene la cruz de San Luis, vale diez francos más.) El tío Issacar, que entiende su negocio, tiene siempre de reserva una treintena de esta clase de retratos, colocados en preciosos marcos de época, fabricados expresamente para él en el arrabal de San Antonio; que han sido enterrados durante quince días y acribillados con perdigones para simular los agujeros de la polilla y darles el indispensable signo de antigüedad.

Comprenderá usted ahora por qué el estimable judío daba por las salas del



Louvre su paseo hebdomadario, y por qué reparó en María que copiaba una encantadora marquesa de Latour. Precisamente entonces le hacían falta marquesas empolvadas, que son muy buscadas como género corriente. Propuso á la joven que se llevara la copia á su casa, y que la reprodujera doce veces al pastel, variando solamente el color del vestido y añadiendo un detalle particular á cada retrato. Así, pues, en el primer retrato la marquesa tendrá en vez de un pichón un recental, en el segundo un perrito, en el tercero un conejito de Indias y así sucesivamente. El rostro puede ser siempre el mismo. Según el tío Issacar todas las marquesas empolvadas se parecen, y era necesario que todas tuvieran dos lunares: uno cerca del ojo derecho y el otro en la parte izquierda del pecho: daba á esto mucha importancia; según su opinión, el lunar es el símbolo del siglo diez y ocho.

El tío Issacar, hombre de equidad, se comprometía á proporcionar todas las cosas necesarias y á pagar quince francos por cada marquesa. Además prometía, si quedaba contento de este primer trabajo, encargar en breve plazo á la joven artista una docena de canonesas de Remiremont y media docena de gendarmes de la Casa Real.

Tendría una satisfacción en que hubieseis ido á casa de las señoras Gerard el día en que María anunció esta buena nueva. Luisa, que volvía de hacer por la ciudad su distribución de semicorcheas, y la pobre mamá Gerard, tenían los ojos llenos de lágrimas.

– ¡Cómo, niña mía!, – decía la mamá besando á su hija menor. – ¿Tú también vas á contribuir á sostener nuestro puchero?

– ¡Vaya, con la hermanita!, – exclamaba Luisa, riendo cordialmente. – Va á ganar más dinero que pesa. ¿Sabes que te tengo envidia, no obstante mi piano y mi arte de adorno? ¡Bendito pastel!... Y esto no mete ruido, ni incomoda á los vecinos. Cuando seas vieja podrás decir: «No he molestado á nadie con mi música.»

Pero María no quería que se chancearan. ¡Ah! ¡Siempre la habían tenido por una muñeca, por una niña mimada que no sabía más que peinarse y componerse! Pues bien: ¡ya verán, ya verán!

Y al domingo siguiente, cuando Amadeo vino á comer, trayendo el consabido pastel, le contaron muchas veces la historia con cien detalles, y le enseñaron las dos primeras marquesas que María había concluído y á las que había puesto lunares tan grandes como bollitos de pan.

(Continuará)

NUESTROS GRABADOS

Venta de un esclavo, cuadro de Veraschagin. – La repugnancia que el inicuo tráfico de carne humana produce sube de punto cuando se trata de infelices niños arrancados violentamente al cuidado de sus padres y entregados á un amo, que sin compasión ninguna procurará desde el primer momento obtener un crecido interés de la *mercancía* adquirida.

Por esto la escena que nos presenta el pintor ruso Veraschagin es en el fondo en extremo antipática; pero esta misma cualidad avalora más la obra; ya que en bellas Artes, como en literatura, tan bien cumplen su noble misión los que nos muestran lo bueno para que sea admirado é imitado, como los que nos enseñan lo malo para que lo maldigamos y evitemos.

Las figuras que componen este cuadro, admirablemente ejecutadas todas, ofrecen, además de sus particulares bellezas, la del contraste que resulta entre la expresión codiciosa del vendedor y del comprador y la inocencia y tranquilidad del pequeño esclavo que todavía no comprende la magnitud de su desgracia y para quien el cambio de amo no significa otra cosa que un variado incidente de su monótoma existencia.

Monumento elevado en Troyes á la memoria de los soldados del departamento del Aube muertos en la guerra de 1870-1871. – El grupo de mármol que corona el monumento es la obra del escultor monsieur Boucher, que con el título «Vencer ó morir» figuró en el Salón de 1887, habiendo sido adquirido por el Estado para contribuir con este donativo á la suscripción que se abrió al objeto de honrar la memoria de los soldados del Aube que perecieron en la guerra franco-prusiana.

El pedestal en que se levanta afecta la forma de una fortaleza de diez metros de altura, y en él están grabados los nombres de aquellas víctimas de la guerra, en número de unos mil: los hermosos bajo-relieves de bronce que lo adornan fueron gratuitamente cincelados por el citado M. Boucher en coloboración de su amigo M. Briden.

El monumento, que se alza en la avenida de la Estación, de Troyes, ha sido inaugurado el día 22 del corriente y es elocuente testimonio del religioso culto que á los muertos del *año terrible* consagra el corazón de las patrióticas poblaciones de la Champagne.

Una calle de Lucerna, cuadro al óleo de don José M. Marqués. – Pintada con la elegancia y la maestría que le son propias, nos ofrece hoy nuestro querido colaborador una nueva prueba de su claro talento y de lo bien que sabe sentir y expresar, amén de otras muchas, las infinitas bellezas que atesora la imcomparable naturaleza helvética. El lago de los Cuatro Cantones, poético como todos los de Suiza, lame con sus aguas algunos barrios de la lindísima capital del cantón de Lucerna, reflejando en su límpida corriente los blancos edificios que á su orilla se levantan. El espectáculo que allí se ofrece al turista no puede ser más encantador, y si el turista es artista de corazón, como Marqués, no puede menos de trasladarlo al lienzo en la seguridad de que por poco que de su parte ponga ha de resultar una obra acabada y de las que desde luego atraen á cuantos la contemplan.

El monumento de Hondschoote, obra del escultor Darocq. – Con grandes fiestas se ha celebrado en Hondschoote la inauguración del monumento erigido en conmemoración de la victoria allí obtenida en 8 de septiembre de 1793 por los heroicos batallones que acudieron al llamamiento de la patria en peligro.

La estatua, obra del célebre escultor M. Darocq, representa á la Victoria blandiendo con la diestra la espada y sosteniendo con la otra mano una bandera.

En la cara principal del zócalo hay escritas estas palabras: «Victoria de Hondschoote, 8 de septiembre de 1793», y en la cara opuesta se lee una sucinta relación de aquella gloriosa jornada.

Apunte de Eugenio Delacroix. – Eugenio Delacroix (1799-1863) fué en su época el jefe de los coloristas franceses: discípulo de Guerin, desde su primera obra, *Dante y Virgilio en los infiernos*, se separó de su maestro y de la escuela clásica para afiliarse á la romántica, en la que produjo obras como *La matanza de Chio*, *La muerte de Sardanápalo*, *La libertad guiando al pueblo*, etc. Además de los cuadros se dedicó á la pintura decorativa, obteniendo un gran triunfo en el decorado del Louvre, del Luxemburgo y de muchas iglesias. Las *Mujeres de Argel* que pintó á su regreso de un viaje á Marruecos es con razón considerada como su mejor obra y causó verdadera sensación.

El apunte que de él publicamos demuestra que además de ser un gran colorista, era un dibujante de primera fuerza, y en él se revela una mano robusta y enérgica y una extraordinaria habilidad para conseguir con pocos trazos un efecto admirable.

El otoño, cuadro de W. Bernatzik. – Casi todos los pintores que reproducen en sus cuadros las estaciones del año hacen de sus obras una alegoría poniendo al lado del espectáculo que en cada una de ellas ofrece la naturaleza alguna figura que con el mismo armonice. El otoño es indudablemente de todas aquéllas la que más dificultades ofrece al artista, porque, desprovisto de los encantos de la primavera y del verano, carece de la imponente desnudez del invierno, y á la par las presenta no menores aquella edad en que el hombre, sin los atractivos de la infancia y de la odolescencia, no se ofrece á nuestros ojos con la venerabilidad que caracteriza á la vejez.

Por esta razón se hace acreedor á mayores elogios quien como Bernatzik ha sabido vencerlas de la manera que puede observarse en el bonito cuadro que reproducimos.

Cruzando el riachuelo, cuadro de Carlos Bergen. – El personaje de Bergen reune todas las condiciones necesarias para que una obra de este género resulte bella: el sitio no puede ser más agradable á la vista, la vegetación sin ser exuberante tiene vida y está pintada con delicadeza, el agua del riachuelo es transparente, la perspectiva, el aire y la luz nada dejan que desear, y como complemento de estos encantos contiene dos figuras colocadas hábilmente y trazadas con gran acierto, que armonizan con el carácter del conjunto y que sin distraer la atención de lo principal contribuyen á dar animación al cuadro por la expresión que en sus rostros y actitudes se refleja.

El rey Enrique VIII de Inglaterra, cuadro de Holbein. – El grabado que reproducimos ha sido hecho con permiso del propietario del cuadro, el conde de Yarborongh, que lo prestó para la Exposición Tudor. El lienzo es un Holbein legítimo, y aunque esta afirmación parece ociosa, no lo es si se tienen en cuenta las muchas falsificaciones que se han atribuído á este insigne pintor y que por la cualidad y combinación de los colores harto claro dicen que datan de medio siglo á más después de la muerte del pintor de cámara de Enrique VIII. El retrato de éste se considera como uno de los mejores de su autor.

Venta de pescado en las playas holandesas, cuadro de Juan Bartels. – Bartels es uno de los pintores alemanes que con mejor éxito han sabido reproducir las bellezas de colorido que presenta el mar y la grandiosidad de sus horizóntes, para lo cual le han valido no poco la corrección con que dibuja y la finura con que ha estudiado las olas en sus menores detalles y en todos sus aspectos. Gracias á todo ello ha llegado á poseer una habilidad técnica extraordinaria para la que no existen dificultades; bien es verdad que tampoco se ha propuesto nunca forzarla para obtener imposibles, lo cual demuestra su mucho talento, ya que en pintura más que en ningún otro arte rige el principio de que la maestría está en saber contenerse dentro de justos límites.

La *Venta de pescado en las playas holandesas* justifica la celebridad de que su autor goza en el mundo artístico.

Muerte de Gul-Babá, cuadro de Francisco Eisenhut. – Gul-Babá, nombre que significa «padre de las rosas», fué un gran poeta y un profeta venerado por los musulmanes de Buda, ciudad unida á la de Pesth y germanizada desde 1859: sus profesías le valieron el dictado de santo en todo el orbe musulmano.

El pintor húngaro Eisenhut lo representa en el momento de su muerte, vuelta la faz hacia Oriente y rodeado de un derviche, de su criado y de un discípulo: en el fondo se distingue la ciudad turca de Buda con sus blancas casas y sus esbeltos alminares.

Este cuadro ha alcanzado recientemente un primer premio en la Exposición de Buda-Pesth, y á juzgar por la opinión de cuantos lo vieron y por lo que de él nos permite apreciar el grabado, la recompensa no ha podido ser más merecida.

ADVERTENCIAS

Siendo en gran número los trabajos literarios que recibimos para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y en la imposibilidad de contestar á todos los que con ellos nos favorecen, debemos advertir que sólo contestaremos á los autores de los artículos que aceptemos para insertarlos en este periódico.

No se devuelven los originales.

Suplicamos á nuestros corresponsales y suscriptores, especialmente á los de América, nos remitan cuantas fotografías de monumentos, obras artísticas, etc., consideren propias para ser publicadas en la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, acompañándolas de los datos explicativos necesarios. En caso de que sean admitidas, tendremos el gusto de consignar, al confirmarlas en las columnas de nuestra publicación, el nombre de la persona que nos haya honrado con el envío de las mismas.

Asimismo agradeceremos la remisión de todas las noticias que tengan verdadero interés artístico ó literario.

MUERTE DE GUL-BABA, cuadro de Francisco Eisenhut

ADVERTENCIA.- Cumpliendo lo ofrecido en el prospecto de esta nueva serie de la BIBLIOTECA UNIVERSAL, con el presente núm. 453 de la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA repartimos el primer tomo de las obras con que se inaugura aquélla, y que, como se observará, es una nueva prueba de los esfuerzos que venimos haciendo por continuar mereciendo el apoyo del público. Dicho tomo elegantemente encuadernado es el primero de la notable HISTORIA DE LOS GRIEGOS, escrita por V. Duruy. El suscriptor á cuyas manos no llegare, deberá reclamarlo al respectivo corresponsal de la casa ó repartidor.

Los Editores